

**De la conciencia de clase a la conciencia crítica: un paso definitivo en la lucha contra la
alienación contemporánea**

Joan Alexander Ramírez González

Universitaria Agustiniana
Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación
Programa de Licenciatura en Filosofía
Bogotá, D.C.
2019

**De la conciencia de clase a la conciencia crítica: un paso definitivo en la lucha contra la
alienación contemporánea**

Joan Alexander Ramírez González

Director

Daniel Sebastián Buitrago Arria

Trabajo de grado para optar al título de Licenciado en Filosofía

Universitaria Agustiniana

Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación

Programa de Licenciatura en Filosofía

Bogotá, D.C.

2019

*A la memoria de mi padre, al esfuerzo y dedicación de mi madre y a la amistad de mi hermano,
por quienes este logro fue posible y a quienes debo lo que soy.*

Agradecimientos

Expreso mi mayor gratitud a Dios, el pilar de mi ser, por su Bondad y Misericordia para conmigo. A mi familia por su comprensión y apoyo incondicional durante mi vida y el proceso formativo que culmina. A la Universitaria Agustiniiana por abrirme sus puertas y permitirme ser profesional. A mis profesores, de manera muy especial a mis maestros Daniel Buitrago y Camila Jiménez por contribuir enormemente con su paciencia y dedicación en mi formación humana y académica.

También agradezco a las personas que contribuyeron con su valioso tiempo a escuchar y opinar sobre los primeros esbozos de las ideas que aquí se desarrollan. Y a quienes considero desde lo más profundo mis amigos de verdad por permitirme ser el indigno pero fiel depositario de su confianza.

Resumen

El presente trabajo investigativo tiene como finalidad estudiar y presentar una propuesta de resistencia viable que permita reconocer y hacer oposición a las múltiples formas de dominación que suscita la alienación en nuestros días, con base en las principales obras del filósofo alemán Herbert Marcuse y algunos suministros teóricos del también filósofo y sociólogo alemán Karl Marx. Lo primero que se presenta en este documento es un análisis del cambio entre las características de la alienación moderna y la contemporánea, así como de sus principales formas de coerción social y el avance de esta forma de dominación que llega a reconfigurar las instancias más profundas del ser humano como la conciencia, los instintos vitales y las formas de vida, lo que genera que los sujetos que conforman las sociedades capitalistas de nuestro tiempo sigan los patrones de comportamiento impuestos por el poder económico-político de manera irreflexiva y naturalizada. En segundo lugar se examina con detalle si es posible establecer una conciencia de clase que permita representar y concretizar la lucha de los alienados por conseguir su liberación social del yugo de la alienación, tal como lo planteó Karl Marx en el siglo XIX. Y, en un último momento, se hace un análisis sobre la viabilidad de algunas alternativas propuestas por Marcuse para resistir a la alienación, para finalmente establecer una propuesta de resistencia o alternativa a la alienación contemporánea denominada conciencia crítica, que se basa únicamente en las categorías *subjetividad radical* y *Gran Rechazo* de Herbert Marcuse. La metodología empleada para la realización de este trabajo fue el análisis documental interpretativo, principalmente de las obras *Manuscritos económicos y filosóficos* de Marx y *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología en la sociedad industrial avanzada* de Marcuse.

Palabras clave: alienación contemporánea, conciencia de clase, conciencia crítica, resistencia.

Tabla de contenido

Introducción	7
Capítulo 1. ¿Qué es la alienación? Desde su origen en Marx hasta su análisis en Marcuse	12
1.1. Breve rastreo del concepto de alienación desde Karl Marx	12
1.2. Análisis de la categoría de alienación desde la perspectiva de Herbert Marcuse	19
1.2.1 El problema de la libertad y las nuevas formas de control.	22
1.2.2 La alienación vista desde el arte: una desublimación represiva.	25
Capítulo 2. En busca de una conciencia de clase para resistir a la alineación	31
2.1. La conciencia de clase y sus antecedentes	31
2.2. El escepticismo de Marcuse frente a la conciencia de clase	37
2.3. Los efectos del cierre del universo político en la conciencia de clase	39
2.4. La racionalidad tecnológica y la reificación: principales enemigos de la conciencia de clase.....	43
Capítulo 3. La conciencia crítica como alternativa de resistencia a partir de la subjetividad radical y el Gran Rechazo propuestos por Marcuse.....	50
3.1. La pacificación de la existencia: la razón, la ciencia y la tecnología como aliados del desarrollo integral de las facultades humanas	50
3.2. La dimensión estética: el arte como condición y posibilidad de resistencia desde el sentido de trascendencia del hombre.....	58
3.3. El auge de la conciencia crítica como posibilidad viable de resistencia a la alienación contemporánea	66
Conclusiones	73
Referencias.....	77

Introducción

Desde la época Moderna y con el avance del incipiente sistema capitalista por algunos países como Reino Unido, EE.UU., Alemania, Francia e Italia, los medios de producción se convirtieron en grandes monopolios regidos por altos empresarios que contrataban un determinado número de personas, entre estas niños, para trabajar durante extensas jornadas laborales (entre 12 y 14 horas diarias) sin acceso a vacaciones remuneradas, sin condiciones que garantizaran su salud física ni mental, sin subsidios de servicios básicos como salud, educación ni vivienda. Todo lo anterior a cambio de un salario precario que no permitía a los trabajadores más que subsistir en condiciones de pobreza extrema y marginalidad.

Esta situación social tan indignante permitió que el filósofo alemán Karl Marx realizara un estudio minucioso sobre cómo esta situación de explotación en la que se desvirtuaba la dignidad del trabajo humano, se empezaba a difundir por toda Europa como la idea genuina de “progreso socio-económico” a la que muchas naciones decidieron acogerse. A esta situación de explotación Marx la denominó alienación o enajenación, que se convirtió en la mejor forma para fortalecer el poder del capital y su afianzamiento en las sociedades modernas a través de medios como la política, que se convirtió en aliada, legitimadora y catalizadora de la explotación laboral sobre el ser humano y su dignidad.

Sin embargo, con el paso de los años hasta llegar a la época contemporánea esta forma de sometimiento llamada alienación se fue reconfigurando para que la dominación que efectuaba fuera cada vez más imperceptible a los ojos de quienes la padecían, hasta convertirla procesualmente en parte fundamental de la vida de los sujetos que conforman la sociedad industrial avanzada.

Es por esto que durante el paso de las primeras casi dos décadas del siglo XXI y con el afianzamiento de la globalización, las sociedades capitalistas contemporáneas han hecho del poder económico neoliberal y del poder político tradicional las bases sobre las que se ha venido construyendo la cultura, es decir, el modo de vida, las aspiraciones y las necesidades de los sujetos que reconocen en el consumo, en la acumulación de capital y en la adquisición de bienes y servicios la forma de vivir que les produce mayor bienestar y felicidad.

Tal modo de vida impuesto por la sociedad industrial contemporánea se convirtió en parte esencial del desarrollo vital de los sujetos que la conforman, lo que ha fortalecido un único modo

de pensamiento del que los sujetos no pueden ni quieren escapar por sentirse aislados y despreciados de la comodidad que esta sociedad les ofrece. De esta manera, la alienación surge como la forma más efectiva de sometimiento que posibilita el éxito del proyecto dominador económico-político, en que los sujetos no encuentran ni piensan otras alternativas de vida que les permitan el desarrollo integral de sus capacidades y libertades, y en el que todas las expectativas existenciales y ontológicas giran en torno a las relaciones de poder que impone el poder imperante.

Dicha situación también tiene serios efectos en algunas instancias del desarrollo académico de la sociedad actual, en tanto que las carreras profesionales que abogan por un cambio cualitativo social como la filosofía, la sociología, la antropología, las ciencias políticas, las ciencias sociales y el arte son vistas como potenciales amenazas porque auspician el pensamiento crítico y la inconformidad con lo establecido. Esta situación genera que las personas opten cada vez más por estudiar carreras técnicas, tecnológicas y profesionales que tengan afinidad con los intereses del sistema económico y social prevaleciente, y también ocasiona que las formas más puras de expresión de libertad y trascendencia del hombre como la dimensión estética y sus productos también se vinculen irremediamente a la alienación del paradigma económico-político como objetos de mercado:

Fuera del *establishment* académico, el “cambio de largo alcance en todos nuestros hábitos de pensar” es más serio. Sirve para coordinar ideas y objetivos con los requeridos por el sistema predominante para incluirlos dentro del sistema y rechazar aquellos que no son reconciliables con él (Marcuse, 1964, p. 44, énfasis del autor).

Además de lo anterior, los esfuerzos por constituir una identidad colectiva auténtica (conciencia de clase) que permita hacer contrapeso a la alienación parecen haber desaparecido gradualmente a causa de la invención de necesidades y aspiraciones compartidas entre los trabajadores de las clases sociales más bajas y quienes ostentan el poder económico de la sociedad, consiguiendo que los desposeídos se olviden de sus verdaderos intereses y sucumban a la idea de bienestar fabricado por la alienación en la conciencia individual y colectiva de los dominados.

Ante este panorama algunos filósofos y sociólogos, particularmente los que conformaron la Escuela de Frankfurt como Herbert Marcuse, se plantearon algunas inquietudes como: ¿Qué es la alienación y cómo configura la vida social e individual? ¿Cuáles son las bases que sostienen y estructuran la alienación? ¿De qué manera se desarrolla la alienación en la sociedad

contemporánea? ¿Por qué es y qué hace tan eficiente su control sobre los individuos? ¿Qué implicaciones negativas tiene para el desarrollo integral, la auténtica libertad y la felicidad de los sujetos el dominio de la alienación? ¿Es pertinente todavía pensar en que se pueda consolidar una conciencia de clase que alimente la lucha por el deseo de liberación de los individuos que padecen los efectos nocivos de la alienación? Y ¿Cuáles son las posibles alternativas que se pueden teorizar e implementar para resistir y contradecir a este sistema de opresión tan sofisticado?

Es con base en las anteriores inquietudes que surge el sentido de este trabajo investigativo, puesto que se orienta a dar posibles respuestas a dichos interrogantes con base en los aportes teóricos valiosos suministrados por el filósofo alemán Herbert Marcuse, quien siguiendo algunas ideas de Karl Marx y Sigmund Freud, muestra la forma en que los controles de la alienación se han convertido en herramientas cada vez más sofisticadas para proliferarse y generar en los sujetos una especie de satisfacción cuando son víctimas de la imposición de una vida claramente administrada.

Este trabajo investigativo presenta un rastreo analítico e interpretativo que se divide en tres partes:

1) análisis sobre algunas de las formas más importantes en que la alienación contemporánea permeó, casi de manera totalitaria, todas las instancias de la vida humana: el trabajo, la actividad política, la economía, el desarrollo académico, la dimensión estética, las relaciones interpersonales, la conciencia y, por ende, los deseos y necesidades vitales de las personas.

2) análisis de si aún es posible generar en este contexto una conciencia de clase sólida y unificada que permita el auge de una resistencia contra de la alienación contemporánea y que contemple los intereses colectivos de los más excluidos por el *statu quo*.

3) análisis interpretativo sobre algunas de las formas de resistencia propuestas por Marcuse para resistir a la alienación desde un contexto más contemporáneo y la presentación de la conciencia crítica como alternativa de resistencia que permita pensar y suscitar un posible cambio cualitativo social que ponga en evidencia los errores y las contradicciones efectuadas por la alienación para intentar transformar las condiciones que esta ha impuesto en la sociedad.

El presente trabajo de investigación fue motivado por la inquietud que generó en el investigador ver la forma en que la mayoría de las personas en Colombia se esfuerzan por responder a los

estándares de felicidad y bienestar impuestos por el consumismo, la globalización, la economía extractiva, la adquisición de capital como fin en sí mismo y el seguimiento ciego de algunas modas pasajeras suscitadas por el mercado y la internet que pretenden desviar y/o manipular la atención de la sociedad de sus problemas fundamentales como la injusticia social, la destrucción progresiva de los recursos naturales y la imposición de paradigmas y estereotipos que buscan que los sujetos respondan favorablemente a las demandas del sistema establecido y reproduzcan con sus acciones los valores ficticios diseminados por la alienación en la sociedad.

De esta manera, el investigador buscó de manera asidua algunas respuestas frente a tal fenómeno desde las herramientas suministradas por la Teoría Crítica (corriente filosófica auspiciada por el Instituto de Investigación Social, más conocido como Escuela de Frankfurt surgida en Alemania en el siglo XX) para presentar alguna propuesta que condujera a la comprensión del fenómeno y que diera luces sobre cómo resistir y transformar la realidad individual y social actual.

Este trabajo emplea como metodología de investigación el análisis documental hermenéutico, puesto que se usan algunas de las obras más importantes de Marcuse para realizar el respectivo análisis de las categorías de alienación, conciencia de clase y alternativas de resistencia, a partir de la comprensión y exposición del autor sobre estos conceptos y la interpretación que hace el investigador de este trabajo sobre estas a la luz del contexto del siglo XXI.

Este trabajo de investigación es pertinente en el campo profesional de la filosofía porque permite comprender cómo se puede reinterpretar y analizar el origen, el desarrollo y los propósitos de algunas situaciones de dominación, exclusión y manipulación contemporáneas como el consumismo, la imposición de un estilo de vida unidimensional en necesidades y deseos de realización vital, la racionalidad tecnológica y la noción lineal de progreso por parte del poder económico-político imperante en la sociedad actual, con la ayuda suministrada por las categorías filosóficas mencionadas previamente.

También permite plantear y desarrollar nuevas ideas que abogan por despertar la conciencia crítica de las personas frente a sus realidades y, que, de esta manera, puedan buscar e implementar las estrategias adecuadas para auspiciar un cambio social progresivo en que la libertad, el bienestar y el desarrollo integral del ser humano y de la naturaleza prevalezcan sobre los intereses particulares de las elites y estructuras de poder hegemónicas.

Lo que pretende este trabajo de investigación es suscitar en los posibles lectores dos situaciones: primero la inquietud por conocer la manera en que la alienación, a través de la sociedad contemporánea, controla todos los aspectos de la vida de los sujetos para hacerlos objetos serviles de sus propósitos económicos y políticos particulares. Y, segundo, generar en los lectores el deseo por cultivar una conciencia crítica que les permita comprender su realidad, interpretarla y llevar a cabo acciones significativas que permitan transformar la conciencia de los individuos para buscar su propia liberación y la de la sociedad de la que hacen parte.

Capítulo 1. ¿Qué es la alienación? Desde su origen en Marx hasta su análisis en Marcuse

En el presente capítulo se pretende realizar, en un primer momento, un rastreo conceptual crítico y concreto acerca del origen de la categoría de alienación desde el pensamiento de Karl Marx, con el fin de resaltar la importancia de algunas de sus influencias filosóficas en el pensamiento de Herbert Marcuse. Además, y de manera posterior, se llevará a cabo el análisis contemporáneo del concepto de alienación: cómo se identifica, de qué manera procede o actúa sobre los sujetos y sus efectos perjudiciales en la sociedad industrializada contemporánea a la luz de los aportes de Marcuse.

Para realizar adecuadamente este análisis se mostrará, en primer lugar, cómo cambia el concepto de libertad en los sujetos a partir de las nuevas dinámicas impuestas por la sociedad industrial contemporánea. En segundo lugar, cómo esta impone con éxito una identidad unidimensional basada en falsas necesidades, con base en la reconfiguración de algunos factores sociales como la economía, la política, la academia y sus funciones al servicio de la alienación. Y en tercer lugar, se explicarán las diversas maneras en que la sociedad industrial avanzada reconfigura el arte (esencia, formas de expresión y sentido), la cultura y los instintos sexuales básicos de los sujetos para que respondan de una manera no coercitiva a las exigencias e imposiciones de la alienación contemporánea.

1.1. Breve rastreo del concepto de alienación desde Karl Marx

La categoría filosófica de *alienación* tiene sus orígenes y su desarrollo conceptual más preciso en el declive de la Modernidad en la filosofía planteada por Karl Marx a finales del siglo XIX. Esta categoría fue concebida en torno a las reflexiones que realizó este pensador alemán con notable enfoque crítico a la economía política de su contexto y que sirvieron para identificar las dinámicas de dominación y represión a las que se veían sometidos los trabajadores en aquella época.

La categoría marxista de alienación tuvo su desarrollo teórico más significativo en el texto *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, el cual otorga una conceptualización concreta y significativa sobre la alienación y el proceso gradual por medio del cual se consolida desde los

procesos productivos del trabajo, hasta configurar aspectos esenciales del hombre como su carácter ontológico¹ y sus dimensiones ética y psicológica. Pero, ¿cómo acaece este proceso de alienación?

De acuerdo con Marx, lo primero que se lleva a cabo para iniciar el proceso de alienación es despojar al trabajador de su dignidad, es decir, del reconocimiento propio y ajeno de su integridad humana que abarca dimensiones básicas como la académica, la espiritual, la social y la afectiva por medio de la ruptura entre el hombre y su realidad natural. Esta ruptura acontece en la medida en que se condiciona el contacto inmediato del trabajador con su entorno y con los demás por medio de la relación artificial laboral y se le impone una relación dependiente con los elementos de la fábrica.

Esta separación resulta preponderante en el surgimiento de la alienación puesto que pone al trabajador en condiciones de vulnerabilidad, ya que su desarrollo integral y su dimensión ontológica se ven deteriorados a través de la imposición de formas artificiales para la realización de su ser que solo logra con la satisfacción inmediata de algunas de sus necesidades instintivas como alimentarse, vestirse y procrear. De manera que por medio de la alienación se le prohíbe alcanzar un proceso de autorrealización que le permita desarrollar a plenitud sus capacidades creativas, académicas y sociales, que solo podría alcanzar al entrar en contacto permanente con su entorno natural.

Así pues, para la sociedad moderna industrializada, el trabajador, al ser despojado de su dignidad, es considerado como un objeto más que cumple funciones específicas dentro de una fábrica y llega a convertirse meramente en una fuerza de trabajo, que es una representación que se asemeja a una mercancía, en tanto que carece de subjetividad. Para Marx, el trabajador pierde su dignidad ante las realidades materiales y psicológicas represivas a las que se ve expuesto y es considerado como una parte meramente funcional del engranaje industrial al que se somete:

La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas. El trabajo no sólo produce mercancías; se produce también a sí mismo y al obrero como mercancía, y justamente en la proporción en que produce mercancías en general (Marx, 1844, p. 7)

¹ Cabe señalar que este deterioro también implica un cambio sustancial en la ontología misma del trabajador, porque su ser pasa de ser pleno, realizable y de tener una relación de libertad con la naturaleza y consigo mismo, a convertirse en algo reducido y sometido a las condiciones materiales y económicas de la alienación por medio del trabajo.

El hecho de que la maquinaria y los intereses del capitalismo prevalezcan y consoliden una fuerza económica y política en la sociedad en la que vivió Marx, se encuentra íntimamente relacionado con el despojo de la dignidad e integridad del obrero, a quien le corresponde aceptar ese sometimiento para subsistir bajo las condiciones impuestas por la dinámica de la alienación:

El trabajo enajenado se nos ha resuelto en dos componentes que se condicionan recíprocamente o que son sólo dos expresiones distintas de una misma relación. La apropiación aparece como extrañamiento, como enajenación y la enajenación como apropiación, el extrañamiento como la verdadera naturalización (Marx, 1844, p. 45)

En este caso, la alienación funge como una acción separadora que suscita una relación ajena entre el trabajador, la mercancía y los demás seres humanos con quienes se relaciona. En efecto, el trabajador o sujeto alienado encuentra que el proceso laboral que antes le dignificaba ahora le resulta extraño y ajeno a sus condiciones de vida. El trabajo deja de ser ese medio por el cual el sujeto halla los medios de subsistencia y se realiza socialmente para convertirse en un proceso distante de él.

Según Marx (1844) la condición digna de ser humano de quienes realizan la mano de obra disminuye en la medida en que el sistema capitalista crece, la acumulación del capital aumenta y los medios de explotación se diseminan en los sectores urbanos:

La anterior situación acontece porque el obrero pone todo su tiempo, cuerpo y capacidad de trabajo a disposición del patrón en una relación de completa dependencia en la que busca satisfacer sus necesidades más básicas como la vivienda, la alimentación y el vestido; pero en condiciones de deterioro progresivo para su salud física y mental en las que el trabajador tampoco obtiene la remuneración justa de su esfuerzo (Marx, 1844)

Hasta este momento se han mencionado algunas características que describen las repercusiones de la alienación en los trabajadores, pero más adelante y después de analizar sus implicaciones, Marx acuña una definición específica para darle un sentido teórico más claro y preciso a la alienación, la cual consiste en:

Primeramente, en que el trabajo es externo al trabajador, es decir, no pertenece a su ser; en que, en su trabajo, el trabajador no se afirma, sino que se niega; no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla una libre energía física y espiritual, sino que mortifica su cuerpo y arruina su

espíritu. Por eso el trabajador sólo se siente en sí fuera del trabajo, y en el trabajo fuera de sí. Está en lo suyo cuando no trabaja y cuando trabaja no está en lo suyo. Su trabajo no es, así, voluntario, sino forzado, trabajo forzado (Marx, 1844, p. 38)

En efecto, el trabajo para Marx tiene unas connotaciones dialécticas importantes que inician con el aspecto material del trabajo y que repercuten inevitablemente en su conformación ontológica y en su dimensión psicológica, debido a que por un lado el proceso laboral deslegitima, en un primer momento, la libertad corporal del hombre (entendida como su capacidad para tomar control absoluto y autónomo de su cuerpo) y su desarrollo apropiado que sí consigue cuando se halla fuera del trabajo.

Como consecuencia del yugo de la fábrica, la parte psicológica del trabajador (emociones, sentimientos, pensamientos y comportamientos) también se deteriora y pasa a convertirse en una herramienta servil de los intereses del capitalismo, ya que enfocan o reprimen su energía vital a su expresión más mínima, cargada de sufrimiento y que lo desvinculan de las relaciones naturales con lo demás y con su entorno, que también solo consigue fuera de la fábrica y libre del proceso de alienación (Marx, 1844)

A partir de lo anterior se puede evidenciar que la alienación vista desde Marx supera las nociones económicas y materiales del trabajo, puesto que en el desarrollo de la categoría empiezan a adquirir gran peso las dimensiones antropológica, ontológica, ética e incluso psicológica del ser humano cuando hay una preocupación por el bienestar, no solo material del obrero, sino de su salud emocional y social, es decir, de su ser en plenitud².

Si bien es cierto que el enfoque de las reflexiones de Marx se encuentra dirigido a pensar críticamente la economía política, el trabajo material y la acumulación de capital, las otras dimensiones antes mencionadas cobran un valor incipiente y de gran preocupación tanto para Marx como para los herederos de sus teorías. En efecto, en el proceso de alienación que trata de describir y comprender, Marx entiende que en esta realidad de explotación se ve afectada la integralidad del ser humano de una manera procesual, debido a que las implicaciones negativas del trabajo en el cuerpo del obrero (encierro, gasto energético para la producción laboral, hambre, sed y fatiga),

² Cuando se habla de ser en plenitud se hace referencia a la condición humana de desarrollar con libertad y convicción sus capacidades e instintos más básicos, aquellos que van desde sus condiciones físicas y materiales hasta los elementos que se encuentran en lo profundo de su conciencia vital como los sentimientos y los pensamientos.

desembocan necesariamente en su deterioro ontológico y psicológico (agobio emocional, insatisfacción de las necesidades de asociación y restricción de los afectos humanos):

El trabajo externo, el trabajo en que el hombre se enajena, es un trabajo de autosacrificio, de ascetismo. En último término, para el trabajador se muestra la exterioridad del trabajo en que éste no es suyo, sino de otro, que no le pertenece; en que cuando está en él no se pertenece a sí mismo, sino a otro. Así como en la religión la actividad propia de la fantasía humana, de la mente y del corazón humanos, actúa sobre el individuo independientemente de él, es decir, como una actividad extraña, divina o diabólica, así también la actividad del trabajador no es su propia actividad. Pertenece a otro, es la pérdida de sí mismo (Marx, 1844, p. 38)

Es importante mencionar que Marx descubre que este proceso de alienación no surge de manera fortuita e imprevisible, sino que obedece a un proceso gradual que se desarrolla en varias etapas o fases que van desde el objeto y su proceso de fabricación, hasta la determinación de las relaciones interpersonales entre los obreros y la configuración de su esencia a partir del trabajo, a saber:

1. En cuanto a que el objeto se vuelve externo y ajeno al trabajador

La enajenación del trabajador en su objeto se expresa, según las leyes económicas, de la siguiente forma: cuanto más produce el trabajador, tanto menos ha de consumir; cuanto más valores crea, tanto más sin valor, tanto más indigno es él; cuanto más elaborado su producto, tanto más deforme el trabajador; cuanto más civilizado su objeto, tanto más bárbaro el trabajador; cuanto más rico espiritualmente se hace el trabajo, tanto más desespiritualizado y ligado a la naturaleza queda el trabajador. (Marx, 1844, p. 37)

Esto quiere decir que el objeto ya no le pertenece al obrero, sino que toma independencia de quien lo produce y se constituye como un elemento que crece en valor e importancia de manera inversamente proporcional al trabajador. En este caso, la relación del objeto con el trabajador se vuelve artificial, puesto que el segundo no lo fabrica desde su creatividad e interés personal, sino que lo genera con suplicio y como fruto de una renuncia involuntaria a su condición natural de ser humano.

2. Sobre el proceso de producción y lo que implica para el trabajador

El trabajo externo, el trabajo en que el hombre se enajena, es un trabajo de autosacrificio, de ascetismo. En último término, para el trabajador se muestra la exterioridad del trabajo en que éste no es suyo, sino de otro, que no le pertenece; en que cuando está en él no se pertenece a sí mismo, sino a otro. (Marx, 1844, p. 38)

En este tipo de alienación, la relación que tiene el trabajador con el proceso de producción le resulta tormentosa y su naturaleza ya no se desarrolla como la de un ser humano, sino como la de un animal que busca satisfacer únicamente necesidades básicas de subsistencia, en lugar de aprovechar su energía vital para desarrollar sus capacidades humanas, preservar su bienestar psicológico y asumir plenamente su dimensión ontológica frente a los demás y la naturaleza.

3. Respecto al ser genérico del trabajador

El trabajo enajenado, por tanto: hace del ser genérico del hombre, tanto de la naturaleza como de sus facultades espirituales genéricas, un ser ajeno para él, un medio de existencia individual. Hace extraños al hombre su propio cuerpo, la naturaleza fuera de él, su esencia espiritual, su esencia humana. (Marx, 1844, p. 41)

Esta última forma de alienación tiene una relación directa también con la manera en que las relaciones humanas se convierten en un medio de comunicación simple entre los trabajadores para la realización del trabajo, pero que no permite la edificación de relaciones comunitarias en las que el trabajador tenga conciencia absoluta de su integridad y la de los otros. Por lo tanto, acciones simples como conversar y tener contacto físico con los demás se limita a las funciones que cada persona desarrolla en su trabajo, pero no dan lugar a la recreación y el contacto recíproco entre los trabajadores.

En otras palabras, no solo es el objeto el que se vuelve extraño y ajeno al trabajador, casi como un adversario, sino que el proceso de producción y las condiciones psicológicas “tormentosas”³ en las que lo realiza imposibilitan la libre realización y desarrollo de relaciones interpersonales en las que se abra espacio a condiciones psicológicas favorables que contribuyan a su bienestar, a través

³ Se denominan tormentosas porque, en primera instancia, implican un proceso de renuncia del trabajador a su esencia natural y le obligan a cortar su contacto con la naturaleza para darle paso a la aceptación de una realidad artificial. En segundo lugar, el ambiente de la fábrica, tanto en su aspecto como en los procesos que se llevan a cabo en su interior, resulta ser aciago para el obrero por las condiciones de encierro y procesos repetitivos a los que se ve expuesto cotidianamente.

de la cercanía con los demás por medio del compartir lejos de las condiciones de alienación que imperan en las fábricas.

Como se puede apreciar, en esencia son cuatro los factores que están en juego dentro del proceso de alienación, a saber: ontológico, ético, económico y político; los cuales se hallan presentes implícita o explícitamente en las formas de enajenación, y que confluyen en el trabajo y configuran un modelo de sociedad al que Marx intenta dar una explicación racional y ofrecer posibles formas de resistencia a partir de la confrontación del constante conflicto histórico-social dicotómico entre burguesía y proletariado, entre la clase opresora/alienante y la clase subyugada/alienada.

La importancia de la categorización que realiza Marx y que denomina como alienación, adquirió un valor importante no solo para la comprensión de las realidades que acontecían en las fábricas y que tenían como trasfondo la economía y los intereses políticos de las clases dominantes de su época, sino que también tuvo una gran relevancia en las reflexiones y posteriores planteamientos filosóficos de la reconocida Escuela de Frankfurt.

Esta escuela de pensamiento filosófico y social surgida en Alemania alrededor de los años 30 más conocida como Teoría Crítica, tuvo como principal objetivo realizar un trabajo de investigación y análisis filosófico crítico sobre la sociedad contemporánea industrializada, a la idea de Razón, al proyecto ilustrado y a la noción lineal de progreso que permitiera identificar, comprender y cuestionar las implicaciones nefastas del capitalismo neoliberal, así como su influencia en la constitución de la cultura, la identidad política, los valores y las formas de vida que las rigen.

Todo lo anterior con la ayuda de la reinterpretación contextualizada de categorías de filósofos eminentes como Karl Marx, Sigmund Freud, Georg Wilhelm Friedrich Hegel y Friedrich Nietzsche. En los desarrollos conceptuales que realizó esta corriente de pensamiento, algunas categorías de Marx como alienación, conciencia de clase, lucha de clases y resistencia fueron estudiadas y reinterpretadas a la luz de los nuevos acontecimientos que surgieron con el paso de la sociedad industrial moderna a la sociedad industrial contemporánea.

Ahora bien, Herbert Marcuse⁴ (1898-1979), quien fue un gran estudioso de los planteamientos de Marx y de Freud, le da un sentido y un desarrollo profundo aunque no tan ortodoxo a las implicaciones de la alienación como idea y consecuencia social de la sociedad industrializada contemporánea. Para Marcuse, las formas en que acontece este fenómeno en la actualidad han cambiado y se han diseminado, debido a que ya no hay un sometimiento o represión directa sobre y desde el trabajo tal como se aprecia en el contexto de Marx, es decir, en la sociedad moderna industrializada, sino que ha permeado otras instancias de la vida humana que se han naturalizado en la conciencia de los sujetos y que son aún más difíciles de detectar:

Acabo de sugerir que el concepto de alienación parece hacerse cuestionable cuando los individuos se identifican con la existencia que les es impuesta y en la cual encuentran su propio desarrollo y satisfacción. Esta identificación no es ilusión, sino realidad. Sin embargo, la realidad constituye un estadio más avanzado de la alienación. Ésta se ha vuelto enteramente objetiva; el sujeto alienado es devorado por su existencia alienada (Marcuse, 1964, p. 41).

Ante este panorama, es preciso analizar cuál es la interpretación del concepto de alienación en Marcuse para establecer la forma en que este autor hereda ciertos rasgos marxistas para analizar cómo surge y se desarrolla la alienación en la sociedad industrial contemporánea. Claramente, los planteamientos de Marcuse resultan ser muy necesarios y pertinentes para estudiar el contexto en el que la alienación parece haber escapado de las fábricas y tomó por objetivo permear e inmiscuirse en otras instancias en las que el hombre creyó estar a salvo como los medios de comunicación, el desarrollo tecnológico, el consumo y las relaciones cotidianas.

1.2. Análisis de la categoría de alienación desde la perspectiva de Herbert Marcuse

El esfuerzo de Marcuse por estudiar y problematizar la categoría de alienación surge a partir de sus reflexiones personales y de su estrecha vinculación y desarrollo académico con la Escuela de Frankfurt. Marcuse, en efecto, concibe la alienación como un conjunto de estrategias suscitadas y desarrolladas por el sistema económico capitalista para generar un modo de vida único en el que todas las posibilidades de felicidad y realización humanas se configuren a partir de la adquisición masiva de capital, del consumismo y del seguimiento ciego y acrítico de una sola forma de

⁴ Filósofo y sociólogo alemán de ascendencia judía, reconocido por haber sido junto a Theodor Adorno, Max Horkheimer y otros pensadores, uno de los más destacados representantes de la Escuela de Frankfurt o Instituto de Investigación Social.

concebir e interpretar la realidad humana y social desde las dimensiones política, económica, académica y tecnológica de la sociedad industrializada contemporánea:

Así surge el modelo de *pensamiento y conducta* unidimensional en el que ideas, aspiraciones y objetivos, que trascienden por su contenido el universo establecido del discurso y la acción, son rechazados o reducidos a los términos de este universo. La racionalidad del sistema dado y de su extensión cuantitativa da una nueva definición a estas ideas, aspiraciones y objetivos (Marcuse, 1964, p. 42, énfasis del autor).

Es pertinente aclarar que la problematización que hace Marcuse de esta categoría afronta distintos desafíos, puesto que la manera en que se impone este mecanismo de sometimiento o alienación tuvo un cambio significativo desde la forma en que lo concibió Marx, empezando con que, para Marcuse, es importante empezar a rastrear cómo se dio la efectividad de la alienación de las sociedades contemporáneas en las instancias más profundas del hombre.

Para Marcuse, el proceso de alienación en la sociedad moderna cambia significativamente en comparación con la sociedad industrializada contemporánea porque en la primera la alienación se ejerce de manera directa sobre los sujetos a través del adiestramiento de sus cuerpos para el servicio productivo, tal como se mencionó en Marx. Mientras que en la alienación contemporánea la dimensión psicológica de los sujetos y la represión de sus necesidades libidinales se configura como el inicio de todo el proceso que desemboca en la realización económica y material del sistema capitalista.

Marcuse denomina a estas diferentes formas de dominación alienante como “las nuevas formas de control” (Marcuse, 1964), en las que el sujeto asume la alienación como un proceso natural en el que se encuentran las posibilidades últimas de su libertad, felicidad y existencia. En un primer momento, en lo que Marcuse define como capitalismo temprano o inicios de la sociedad contemporánea industrializada, se suscita en el sujeto la aceptación de las dinámicas impuestas por la alienación como el consumismo y la mentalidad de desarrollo cimentado en la obtención y reproducción de capital, que se reconstruyen a partir de un proceso complejo y prolongado que, para Marcuse, se cimienta en un primer momento en el redireccionamiento de la energía sexual del hombre (libido) hacia las prácticas alienantes del trabajo y del consumo masivo de bienes y servicios propios del capitalismo económico y que promueve unos procesos de configuración de identidad que el hombre alienado asume acríticamente (Marcuse, 1981).

Marcuse reconoce, en efecto, que la primera etapa de la alienación no tiene que ver únicamente con las disposiciones económicas dominantes que inician en la sociedad moderna industrializada y que dirigen su desarrollo, sino que la reconstrucción psicológica del sujeto es esencial en este proceso de configuración social. Tal como lo describe en su obra *Eros y civilización*, y siguiendo algunas de las ideas de Freud⁵, la conformación de las primeras civilizaciones tuvo como base de su proceder el proceso de desublimación de los instintos sexuales, dado que para las sociedades incipientes resultó ser el mecanismo más efectivo de control sobre el comportamiento de los sujetos para configurar las labores sociales y determinar las estructuras jerárquicas que hicieran viable el control social (Marcuse, 1981).

En otras palabras, se redujo y contrapuso el principio del placer (en el que el hombre desarrollaba plenamente su condición de satisfacción en relación con la naturaleza y consigo mismo) al principio de realidad (limitación y sometimiento de la capacidad de satisfacción placentera del hombre para redirigir su energía libidinal a la producción, el trabajo y la construcción de sociedad desde el capital (Marcuse, 1981)).

No obstante y con el paso del tiempo, la asimilación de este proceso de redireccionamiento de la energía sexual de los sujetos que el capitalismo enfocó específicamente a las labores productivas pasó a ser un aspecto secundario en el proceso de alienación, debido a que gracias a que los sujetos interiorizaron psicológica y socialmente con éxito el modelo de vida de la sociedad imperante, parecieron abandonar toda forma de una conciencia libre y auténtica y sucumbieron al dominio del capital, por lo que la primera estrategia basada en el control libidinal social tuvo éxito en la reconfiguración de la conciencia de los oprimidos.

De esta manera, la sociedad industrial contemporánea dio el paso definitivo hacia la consecución de su meta de consolidar la alienación como un proceso de naturalización psicológico, político y social, en el que los sujetos cumplen la función dialéctica de acceder masivamente a los bienes y servicios que ofrece el mercado neoliberal, y a la vez que refuerzan la alienación de la que son víctimas y de sus múltiples estrategias ideológicas. En efecto, la alienación en esta época,

⁵ Para la fundamentación y el desarrollo filosófico de Marcuse fue crucial el estudio de algunos conceptos del psicoanálisis freudiano como la represión instintiva, el principio de placer, el principio de realidad y la reconfiguración de los deseos vitales.

reconoce Marcuse, tiene un fuerte componente ideológico mediado siempre por los intereses del capital y de los bienes de consumo:

Por el contrario, la cultura industrial avanzada es, en un sentido específico, *más* ideológica que su predecesora, en tanto que la ideología se encuentra hoy en el propio proceso de producción. El aparato productivo, y los bienes y servicios que produce, ‘venden’ o imponen el sistema social como un todo (Marcuse, 1964, pp. 41–42).

De esta afirmación se pueden comprender dos aspectos importantes: primero, la alienación, incluso desde la época de Marx, no ha prescindido de la ideología como herramienta que la disemina y refuerza. No obstante, en la contemporaneidad parece cobrar mayor fuerza y eficacia de dominación. Segundo, la alienación se presenta como una fuerza totalitaria capaz de reducir e incluso eliminar otras alternativas que se resisten al control del sistema económico capitalista, y se presenta como la única posibilidad de realización humana a partir de un falso concepto de libertad.

1.2.1 El problema de la libertad y las nuevas formas de control.

En la sociedad industrializada contemporánea, aunque parezca diferir tanto en su contenido semántico como en sus objetivos, el concepto de alienación se asocia directamente al de libertad. Esto es así porque la alienación, como se mencionó anteriormente, dejó de ser un aspecto externo y material para convertirse en una necesidad y en una ideología que atraviesa varios pilares que conforman la sociedad: la política, la economía y la academia (Marcuse, 1964). Si bien el componente económico sigue siendo la base constitutiva sobre la que se gesta y desarrolla la alienación, sus estrategias han cambiado para que el sujeto no quiera prescindir de su inmersión en la vida económica y la reconozca como su único medio de realización vital.

Una de estas estrategias efectivas de la alienación es la nueva noción de libertad que se ha desarrollado durante el auge de la sociedad industrial contemporánea. Este concepto tuvo un cambio importante y abrumador que permite comprender en gran medida los alcances de la alienación, dado que esta falsa libertad (que consiste en hacer pensar a los sujetos que son realmente libres cuando satisfacen necesidades que les fueron impuestas por la alienación) se inmiscuye en todas las dimensiones humanas que abarcan la realidad de los sujetos occidentales contemporáneos y a la vez las reduce todas al “progreso” económico: la economía, la política y la

academia. Se podría afirmar que la alienación supo cómo inmiscuirse en los ámbitos más profundos en los que el hombre creía estar a salvo del sistema capitalista:

Bajo el gobierno de una totalidad represiva, la libertad se puede convertir en un poderoso instrumento de dominación...Escoger libremente entre una amplia variedad de bienes y servicios no significa libertad si estos bienes y servicios sostienen controles sociales sobre una vida de esfuerzo y de temor, esto es, si sostienen la alienación (Marcuse, 1964, pp. 37–38).

A pesar de que las tres posibilidades de desarrollo mencionadas anteriormente (economía, política y academia) parecen tener funciones distintas, la falsa libertad configurada por la alienación las unifica intencionalmente para que todas respalden al sistema económico imperante y así la libertad se presente como el escenario perfecto para el consumo, la anulación del pensamiento divergente y la legitimación social de la ideología dominante y con la estrategia de lo que Marcuse (1965) denomina “necesidades falsas o represivas”:

La gente se reconoce en sus mercancías; encuentra su alma en su automóvil, en su aparato de alta fidelidad, su casa, su equipo de cocina. El mecanismo que une el individuo a su sociedad ha cambiado, y el control social se ha incrustado en las nuevas necesidades que ha producido (Marcuse, 1964, p. 39)

Estas necesidades falsas, a diferencia de las necesidades reales o vitales⁶, lo que buscan es generar en el sujeto dependencias triviales que el hombre no requiere biológicamente para sobrevivir, sino que funcionan como elementos de aceptación social, de reforzamiento de la alienación y de una satisfacción psicológica momentánea. Las falsas necesidades alcanzan en la sociedad industrializada contemporánea un valor preeminente sobre las vitales y la vida de los sujetos gira en torno a la satisfacción de estos menesteres impuestos desde su interior, y que son reforzados por las prácticas sociales cotidianas.

El gran problema de las necesidades represivas que suscita la falsa libertad estriba en que, aparte de reforzar las dinámicas de alienación que alimentan la desigualdad social fomentada por el aparato ideológico y económico del capitalismo, se empeñan en reducir o eliminar una auténtica conciencia social y las posibilidades de resistencia que den al ser humano una auténtica libertad

⁶ Marcuse piensa en aquellas que tienen que ver con la alimentación, el vestuario y la vivienda, es decir, las que son indispensables para el bienestar del hombre, tal como también lo aseveró Marx.

basada en la satisfacción no condicionada de sus necesidades básicas, en la reflexión crítica de su entorno y en el estudio permanente y la investigación propositiva que permita desarrollar integralmente la sociedad a la que pertenece.

Uno de los éxitos evidentes de la alienación consiste en que, precisamente, este tipo de libertades que se configuran esencialmente como nuevas formas de control y manipulación por parte del sistema imperante, son reproducidas y aceptadas acríticamente por los sujetos de la sociedad industrial contemporánea. Dicho de otro modo, son los menos favorecidos quienes asumen valores y necesidades de los sectores dominantes y las hacen parte fundamental de su existencia y de su desarrollo vital, lo que suscita un serio inconveniente para la conformación de una conciencia de clase firme y de posibles alternativas viables de resistencia al capitalismo:

Y es aquí donde la llamada nivelación de las distinciones de clase revela su función ideológica. Si el trabajador y su jefe se divierten con el mismo programa de televisión y visitan los mismos lugares de recreo, si la mecanógrafa se viste tan elegantemente como la hija de su jefe, si el negro tiene un Cadillac, si todos leen el mismo periódico, esta asimilación indica, no la desaparición de las clases, sino la medida en que las necesidades y satisfacciones que sirven para la preservación del “sistema establecido” son compartidas por la población subyacente (Marcuse, 1964, p. 38)

El gran problema de la libertad impuesta por la sociedad industrial avanzada consiste en que los sujetos piensan que son auténticamente libres cuando en realidad no lo son, es decir, creen que son autónomos y reflexivos cuando eligen entre las múltiples opciones del mercado y los diferentes discursos políticos y académicos que les ofrece el capitalismo, cuando en realidad son estos deseos los que legitiman y reproducen la alienación que padecen. En otras palabras, el hombre del común da por sentado que tiene la capacidad de acceder a una vida de bienestar y comodidad similar a la que pueden tener las personas con gran poder económico y social.

Lo anterior, es decir el problema de la libertad, surge como consecuencia de que la cultura industrial avanzada es mucho más ideológica que su antecesora (Marcuse, 1964, p. 41), es decir, de la sociedad moderna estudiada por Marx en la que la alienación se consolidó casi en su totalidad a partir de coacción material. Al ser más ideológica, la sociedad industrial contemporánea supo cómo inmiscuirse en los procesos internos del sujeto (particularmente del trabajador) y de su construcción de identidad de manera tan eficaz que, aun siendo un mecanismo de dominación total

sobre la vida pública y privada de los sujetos, estos asumen la alienación como proceso de libertad que les permite realizarse plenamente como individuos en sociedad.

1.2.2 La alienación vista desde el arte: una desublimación represiva.

Otro tema de gran preocupación para Marcuse y que ocupa un espacio considerable en su investigación sobre la alienación es la forma en que ésta también permea y reconfigura el arte⁷ para hacer de este un objeto más de manipulación eficaz al servicio del sector económico y de la ideología imperantes de la sociedad industrial avanzada. En efecto, Marcuse encontró que el arte se configuró otrora en una forma de resistencia sutil, pero a la vez poderosa que permitía mantener, de cierta manera, una conciencia algo más clara por parte de las clases dominadas frente a las que las subyugaban, puesto que suponía un acto de oposición con el *modus operandi* del sistema y la clase privilegiada: “Las dos esferas antagónicas de la sociedad han coexistido siempre; la alta cultura ha sido siempre acomodaticia, mientras que la realidad se veía raramente perturbada por sus ideales y verdades” (Marcuse, 1964, p. 86).

Siguiendo esta idea, el arte era un elemento que ayudaba a que la clase baja pudiera establecer una especie de identidad conformada por valores, creencias y costumbres propias que le diferenciaban significativamente de las de la clase alta y privilegiada. En otras palabras, el arte, más específicamente la literatura, fungió como notable signo de contradicción y rebelión de la clase popular, porque por medio de este se podían expresar ideas y sentimientos de trascendencia independientes que invitaban a los alienados a construir procesos de pensamiento y valores que se oponían a lo establecido. El arte, antes del devenir de la ideología de la alienación en la contemporaneidad, era ante todo expresión de oposición e inconformismo legítimos que ayudaba a mantener vivo el espíritu de lucha y reivindicación social.

Sin embargo, Marcuse encuentra que, al igual que la academia y la cultura, el arte y su carácter de independencia fueron reducidos al punto de perder su sentido último de contradicción a los valores establecidos por el sistema imperante. En otras palabras, el arte pasó a convertirse en una de las herramientas más exitosas de alienación, ya que perdió por completo su sentido social de reivindicación y lucha para dar lugar a que los intereses económicos, ideológicos y políticos del

⁷ Es menester aclarar que Marcuse no habla propiamente del arte en general, sino que está pensando con más detenimiento en la literatura como forma de expresión vívida de la dimensión trascendental del ser humano y como representación simbólica de la realidad social.

sistema se proliferen en la conciencia individual y colectiva de los sujetos por medio del arte mismo:

El nuevo aspecto actual es la disminución del antagonismo entre la cultura y la realidad social, mediante la extinción de los elementos de oposición, ajenos y trascendentes de la alta cultura, por medio de los cuales constituía *otra dimensión* de la realidad. Esta liquidación de la cultura *bidimensional* no tiene lugar a través de la negación y el rechazo de los “valores culturales”, sino a través de su incorporación total al orden establecido, mediante su reproducción y distribución en una escala masiva (Marcuse, 1964, p. 87).

De esta forma, el arte se volvió una mercancía de fácil acceso, que perdió su sentido sublime, es decir, la posibilidad de suscitar en la conciencia de los sujetos la necesidad de representar los problemas sociales y las necesidades verdaderas de manera trascendental y simbólica, y buscar por medio de estas representaciones formas de solución auténticas basadas en las expectativas de la clase baja. Dicho de otro modo, el arte se volvió asunto exclusivo del comercio y del consumo, se convirtió en esclavo del capital y de la ideología.

La sociedad industrial avanzada ve en la contradicción suscitada por la sublimación del arte una amenaza constante para la conformación exitosa del pensamiento unidimensional que, según Marcuse, es el resultado del modo de vida que configura los deseos y acciones de los sujetos hacia la idea de desarrollo progresivo impuesto por el poder económico-político del establecimiento social contemporáneo. El riesgo inminente para la estabilidad del status quo no lo representa ni lo ejecuta el arte por sí mismo, sino en los efectos subversivos que pueden tener sus contenidos (de algunas obras literarias) en el pensamiento y las acciones colectivas de los sujetos. En efecto, el objetivo por el que propende el sistema es absorber y eliminar todo vestigio de pensamiento divergente en las obras artísticas, pero sobre todo, de las potenciales relaciones entre el arte y las preocupaciones sociales:

El poder absorbente de la sociedad vacía la dimensión artística, asimilando sus contenidos antagonistas. En el campo de la cultura, el nuevo totalitarismo se manifiesta precisamente en un pluralismo armonizador, en el que las obras y verdades más contradictorias coexisten pacíficamente en la indiferencia (Marcuse, 1964, p. 91).

La estrategia del sistema en este sentido es clara: no se debe prescindir del arte, sino que hay que dotarlo de un nuevo significado en el que se muestre una pluralidad de expresión como sinónimo de libertad, en el que los sujetos contemplen el arte sin apelar a análisis críticos y sin que busquen una relación entre sus expresiones ni un sentido de oposición a lo normalmente establecido. Y, por último, parte de la estrategia también consiste en que se debe evitar que el arte continúe con la responsabilidad de retratar o plasmar de forma simbólica la realidad social y sus múltiples demandas, para que pierda su identidad original de presentar subversión, diferencia y necesidad de cambio en el ámbito social. En esto consiste la desublimación represiva.

Otro aspecto de importante mención es que el arte en la sociedad industrial contemporánea asume una acción dialéctica, en la medida en que al tiempo que es alienado, también se convierte en una herramienta eficaz de alienación. Es decir, suscita y hace prevalecer una ruptura entre realidad artística y social, a la vez que va configurado en los sujetos un pensamiento sumiso y receptivo a los lineamientos y posibilidades que les ofrece la cultura del capital.

Si bien para Marcuse la función auténtica y verdadera del arte es ser antagonista y contradictoria de lo establecido por la sociedad capitalista, parece ser que el arte perdió esta función esencial y se volvió un objeto de manipulación. Por lo que la esperanza de que los sujetos se concienticen de la alienación que padecen y sus posibilidades de resistencia desde el arte tienden a desaparecer o por lo menos a reducirse a simples utopías irrealizables.

Lo que en realidad subyace como esencia de la función y el sentido del arte es, según Marcuse, la negación y la lucha de contrarios para que la subversión y la resistencia a la imposición del pensamiento unidimensional tengan efecto:

Y puesto que la contradicción es la obra del Logos –confrontación racional de “aquello que no es” con “aquello que es”- debe haber un medio de comunicación. La lucha por hallar este medio, o más bien dicho la lucha contra su absorción en la unidimensionalidad predominante, se muestra en los esfuerzos de la vanguardia por crear un distanciamiento que haría la verdad artística comunicable otra vez (Marcuse, 1964, p. 96).

El arte, en efecto, perdió su sentido primigenio y su capacidad para decir, de manera sublime, aquello que no debe ser o que se puede transformar, es decir, ahora carece totalmente del ejercicio

de contradicción que le hacía independiente, debido a los efectos nocivos de la alienación en su esencia y sus formas de expresión, particularmente en las obras literarias.

Siendo este el panorama, es posible concluir que la desublimación represiva de la que habla Marcuse es la aliada estratégica por excelencia de la sociedad tecnológica avanzada (en cuanto instrumento) porque se encarga de eliminar el antagonismo del arte como representación trascendente del hombre y de las condiciones sociales de la realidad.

Otro aspecto importante que hace parte del proceso de desublimación represiva es el cambio, o más bien, la reducción de la energía instintiva del hombre (libido) hacia el placer sexual, debido a que esta fue entendida por el sistema como otra de sus estrategias eficaces para alienar, tema que Marcuse ya había tratado con profundidad en su obra *Eros y civilización* y que fue mencionada previamente en este trabajo:

Parece que tal desublimación represiva es operativa en la esfera sexual, y en ella, como la desublimación de la alta cultura, opera como un subproducto de los controles sociales de la realidad tecnológica, que extiende la libertad al tiempo que intensifica la dominación. El nexo entre desublimación y la sociedad tecnológica puede comprenderse mejor analizando el cambio en el uso social de la energía instintiva (Marcuse, 1964, p. 102).

Lo que permite interpretar Marcuse con esta afirmación es que la desublimación represiva cumple con otra de sus funciones de alienación cuando logra precondicionar, o más bien, reducir la dimensión erótica del ser humano y todo lo que contiene a la simple satisfacción sexual del individuo y hacia el empleo de la energía libidinal para contribuir al desarrollo y la reproducción de las imposiciones del sistema a través del trabajo y las distracciones recreativas que la sociedad misma ofrece.

Pero no les es permitido a los sujetos usar esa energía erótica para el desarrollo integral de sus necesidades afectivas y trascendentales por medio del arte o de las relaciones interpersonales, sino que se enfoca en aceptar y emplear esa energía en lo que el sistema dispone, por ejemplo: comprar, consumir, ver y participar en programas de televisión, generar contenido recreativo en redes sociales virtuales o trabajar para pagar deudas adquiridas por tener los bienes y servicios promovidos por la sociedad industrial avanzada y la globalización. Tal como lo menciona el autor:

Este es uno de los logros únicos de la sociedad industrial, hecho posible por la reducción del trabajo físico, sucio y pesado; por la disponibilidad de ropa barata y atractiva, la cultura física y la higiene; por las exigencias de la industria de la publicidad, etc. (Marcuse, 1964, p. 104).

Tal como se puede apreciar, tanto el cuerpo humano como su dimensión erótica y su energía libidinal son mercantilizados y cosificados a tal punto que el sexo y el cuerpo pasan de ser algo sublime, integral y complejo a convertirse en simples medios triviales de realización laboral que funcionan como elementos de costumbres sociales impuestas que dejan a un lado su verdadero valor natural. En esto consiste otro éxito más de la alienación por medio de la desublimación represiva: “La gente es conducida a encontrar en el aparato productivo el agente efectivo del pensamiento y la acción a los que sus pensamientos y acciones personales pueden y deben ser sometidos” (Marcuse, 1964, p. 109).

Marcuse introduce la categoría de *conciencia feliz* para conceptualizar la realización plena de la alienación desde la desublimación represiva. La denominada conciencia feliz es la reconfiguración de la conciencia personal de los sujetos a partir de las estrategias de manipulación social que promueve el sistema para que respondan y asuman las demandas del *statu quo*, sin presentar resistencia ni escepticismo frente a lo que se les presenta:

...la pérdida de conciencia debido a las libertades satisfactorias permitidas por una sociedad sin libertad, hace posible una *conciencia feliz* que facilita la aceptación de los errores de esta sociedad. Es el signo de la autonomía y la comprensión declinantes (Marcuse, 1964, p. 106, cursiva del autor).

En otras palabras, la *conciencia feliz* es la victoria de la alienación social contemporánea en la dimensión psicológica de los sujetos, puesto que el éxito de la sociedad industrial es lograr que los agentes de condicionamiento externo se vuelvan naturales desde los procesos internos de cada individuo, como el pensamiento y la voluntad, para que los alienados sigan legitimando y proliferando su alienación por sí mismos.

La *conciencia feliz* es la consecuencia de la manipulación que la alienación ejerce sobre la conciencia de los sujetos, así como también es la encargada de que no exista en el pensamiento ni en las motivaciones de los sujetos un ápice de culpa, de inconformismo o de postura crítica frente a los parámetros establecidos por la sociedad. Es, finalmente, el conformismo de quienes dieron

la vida alienada por sentada y que asumieron la sociedad industrial contemporánea como la única forma de vivir y desarrollarse; la *conciencia* feliz, en efecto, es el antagonista directo de la conciencia de clase, que se analizará con detalle en el siguiente capítulo para descubrir si funge como una posible alternativa de resistencia a la alienación de la época contemporánea.

Teniendo en cuenta el panorama desalentador que presenta Marcuse con su análisis del origen, los procesos y las consecuencias de la alienación contemporánea desde los ámbitos más esenciales del hombre y su desarrollo como ser social (política, afectividad, economía y arte), es necesario estudiar y tratar de determinar si ante esta situación tan desesperanzadora existe la posibilidad de suscitar una conciencia colectiva que ayude a los sujetos a reconocer su servidumbre y buscar formas que los ayuden a luchar contra esta realidad social y existencial de la alienación.

En el siguiente capítulo se abordará el problema correspondiente a la conceptualización de la conciencia de clase y sus posibilidades de realización, y si esta puede presentarse como una herramienta que permita resistir a la alienación a pesar del control casi perfecto y total que incide en la vida íntima y social de los sujetos que pertenecen a la sociedad industrial avanzada.

Capítulo 2. En busca de una conciencia de clase para resistir a la alineación

En el presente capítulo se rastreará, de manera breve, la forma en que fue entendida y conceptualizada la categoría de *conciencia de clase* desde la perspectiva filosófica y sociológica de Karl Marx. Más adelante, se abordará la concepción y la problematización que hace de esta Herbert Marcuse y las dificultades que encuentra para desarrollarla en sentido teórico-práctico, debido a las nuevas estrategias de alienación empleadas por el poder político-social en la sociedad industrial contemporánea. También se discutirá si es posible lograr una auténtica conciencia de clase a pesar del desarrollo avanzado de la alienación, y si esta es necesaria para configurar y desarrollar alternativas de resistencia viables al sistema económico, social y político actual.

2.1. La conciencia de clase y sus antecedentes

Para dar inicio al análisis de esta categoría, es pertinente definir primero, qué es clase social, puesto que este concepto antecede y da fundamento a lo que Marx y Marcuse van a denominar como conciencia de clase. Existe una definición general que, de cierta manera, logra abrir un panorama e introduce brevemente al lector de este trabajo al trabajo hermenéutico que supone problematizar esta categoría filosófico-sociológica y le permite tener una base cognitiva para comprender el problema teórico-práctico que supone interpretarla e/o implementarla en contextos particulares:

Por ‘clase’ se entiende, en sentido amplio, una agrupación de individuos que poseen el mismo grado, o la misma calidad (social), o que ejercen la misma actividad. Se puede hablar entonces de la clase de los nobles, de la de los guerreros, de la de los comerciantes o de los artesanos. Así concebida, la clase es la denominación común, aunque vaga, de toda suerte de agrupaciones: estados, estamentos, oficios, etc. De un modo más estricto se da el nombre de “clase” a ciertas agrupaciones humanas caracterizadas por ciertos ‘constitutivos’ sociales. Éstos pueden ser los medios de riqueza (especialmente la posesión de los medios de producción), los modos de vivir, la estima social en que se tenga a sus miembros, etcétera. (Ferrater Mora, 1994, p. 574)

Aunque la diferenciación⁸ entre una clase social y otra no es nueva porque que tiene sus antecedentes en sociedades como la Antigua Grecia, sí es posible reconocer que el concepto en sí mismo, aunque reciente, ya parece advertir que lo que se conoce como clase social obedece a una

⁸ En términos prácticos de distinción social, pero no como categoría, puesto que esta surge propiamente en la Modernidad y con el avance del desarrollo económico de la mano del proceso de industrialización laboral y social.

serie de particularidades propias de un sector poblacional que tienen un elemento vinculante y casi sustancial con el poder económico de cada sociedad.

La clase social, en efecto, funge como un mecanismo de diferenciación entre un sector poblacional que posee privilegios a causa de su poder político y económico por la posesión de los medios de producción, frente a aquel que es marginado por su precariedad material y por su carencia de acceso a la riqueza y a los medios que la producen. De esta manera, la clase social desfavorecida ha sido y es susceptible de ser explotada y manipulada por la clase privilegiada, dado que sus condiciones de supervivencia han dependido siempre del poder económico⁹ administrado por la clase alta.

Estas divisiones que aparecen durante todo el transcurso inexorable de la historia y que pueden ser tripartitas o bipartitas (Ferrater Mora, 1994), según los tiempos o condiciones de cada sociedad, son las que gestan casi de manera inconsciente la conciencia y la lucha de clases. Aunque Marx a lo largo de sus obras no presenta mayor interés, claridad ni profundidad en una conceptualización de lo que es una clase social (pues este no era el objetivo esencial de su trabajo), sí parte del hecho de que la sociedad, dados los procesos histórico-materiales que la configuran desde sus inicios, se divide sustancialmente en dos clases principales: la clase poseedora de los medios de producción (burguesía) y la clase que solo posee la fuerza productiva de trabajo como medio de subsistencia (proletariado).

Cuando los menos desfavorecidos en términos económicos, sociales y educativos asumen la identidad de su clase, es decir, se concientizan gradualmente de las necesidades, las condiciones y los valores que les son comunes, es cuando empieza a surgir un sentimiento de apropiación mucho más consciente de lo que son como clase y empiezan a aparecer objetivos de lucha para reivindicar los derechos que les son negados, esto es lo que Marx entiende como la *lucha de clases*, que es la que ha venido acompañando los procesos históricos de las clases sociales desde siempre:

La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante,

⁹ Aquí es menester aclarar que la economía es la base primera de la lucha de clases, pero no es el único factor que determina esta pugna entre burguesía y proletariado, puesto que Marx es consciente de que hay otros factores como la religión o la cultura.

velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna. En las anteriores épocas históricas encontramos casi por todas partes una completa diferenciación de la sociedad en diversos estamentos, una múltiple escala gradual de condiciones sociales. (Marx & Engels, 1848, p. 30)

Debido a que en los procesos históricos han prevalecido los intereses de preservar el poder político y económico de las clases opresoras, es precisamente la conciencia de estos intereses la que ha encontrado mayor difusión en toda la sociedad. Esto es lo que les ha permitido seguir siendo reproductores del poder económico imperante y explotadores de la clase baja a partir de nuevas y cada vez más efectivas estrategias de alienación que no necesariamente surgen como una actividad consciente de la clase alta, sino que se dan más que todo como resultado directo de los procesos de explotación desarrollados en el trabajo.

La reflexión más elaborada que se tuvo en la Modernidad sobre los elementos teóricos y sobre las condiciones de posibilidad de la conciencia de clase inició formalmente con Marx. Esta reflexión sobre la conciencia es un ejercicio que Marx hereda de Hegel¹⁰, tanto de la categoría misma como de su ejercicio interpretativo, pero a la que Marx le da una resignificación posterior relacionada con las posibles connotaciones prácticas de una lucha de clases (Ferrater Mora, 1994, p. 106).

Cuando Marx se planteó la idea de transformar a la sociedad con el triunfo de la revolución popular sobre la burguesía, puso su total confianza en la clase proletaria y en su sentido de renovación radical a partir de sus intereses comunes. Estos intereses consistían, *grosso modo*, en suscitar la igualdad social y equilibrar las condiciones de trabajo para que el monopolio del capital pasara de manos de las clases privilegiadas, a la administración común por parte del pueblo; así como también se esperaba que la propiedad privada fuera despojada por la clase proletaria de su carácter monopólico y exclusivo, para convertirse en propiedad útil y colectiva para todos.

¹⁰ Aparte de la categoría de conciencia o “conciencia feliz”, la influencia de Hegel en Marx también fue determinante para desarrollar teóricamente la categoría de alienación, que se relaciona adecuadamente y como consecuencia de la categoría de conciencia. La diferencia esencial entre la alienación hegeliana y la marxista consiste básicamente en que, para Hegel, la alienación es comprendida en términos de “conciencia infeliz”, es decir, como un desarraigo o separación entre la conciencia del espíritu y la realidad que le pertenece, mientras que para Marx la alienación asume un componente más material y concreto que tiene que ver con la separación entre el trabajador y el objeto que produce por medio del proceso laboral.

Es menester aclarar que Marx nunca pretendió abolir de forma definitiva la propiedad privada, sino que era necesario que, para consolidar la revolución del proletariado, esta pasara a manos de la administración común del pueblo y para el pueblo. De esta forma, cuando los medios de producción son recuperados se elimina la alienación¹¹ desde la perspectiva de Marx, puesto que tanto los medios como los objetos que allí se producen vuelven a las manos de los trabajadores y, por ende, dejan de ser ‘extraños’ o ‘ajenos’ a estos. En otras palabras, los trabajadores recuperan la posesión y la relación de dominio y desarrollo que tienen con el proceso y los frutos que provienen de su proceso laboral.

El triunfo exitoso de esta revolución económica, política y social dependía casi de manera exclusiva de lo que Marx denominó la conciencia de clase. Aunque esta categoría no tuvo un desarrollo prolífico ni profundo dentro de sus obras en comparación con la alienación, Marx se refirió a la conciencia de clase como un elemento sustancial y crucial para el desarrollo de la emancipación del proletariado respecto de la opresión y del sometimiento por parte de la clase burguesa, que, en tiempos de Marx, ya empezaba a gestarse como una fuerza unificadora y poderosa que dirigía los destinos de las naciones regidas por la agónica Modernidad industrial:

A partir de tal idea, el análisis marxista de las clases ubicó la idea de conciencia de clases en el eje de su reflexión. A través de tal concepto, tanto Marx como posteriores marxistas trataron de describir los mecanismos por medio de los cuales una clase, la clase trabajadora, toma conciencia de sus intereses y actúa en contra de los intereses de otra clase, la burguesía. En otras palabras, y siguiendo la terminología marxista clásica, la conciencia de clase representa el mecanismo a través del cual una clase pasa de ser una clase en sí a una clase para sí. Sobre esta base, el mismo Marx señaló cómo la presencia o ausencia de conciencia de clase determinaba las posibilidades que tenía una clase social de convertirse en una fuerza social (Pérez, 2014, p. 122).

Es decir, la conciencia de clase permite que el proletariado se reconozca críticamente dentro de un contexto social, económico y político que ya ha sido determinado por la clase alta a través de la profundización de la brecha de desigualdad que la separa de la clase baja por medio de la discriminación social y la exclusión, la administración inequitativa de la riqueza y la manipulación

¹¹ Es necesario recordar que la palabra alienación viene de ‘separación’, por lo que es comprensible que si los medios de producción y las mercancías que se producen en estos regresan a los trabajadores, ya no existe tal alienación.

política que hace de los intereses, de las necesidades y de los derechos fundamentales del proletariado para que siga sirviendo a la perpetuación del poder burgués.

Al reconocerse en este marco social, la clase proletaria se hace consciente de que tiene una ideología que se concretiza en intereses, expectativas y necesidades que le son propias. La lucha verdadera por la liberación se inicia aquí. Esta es la condición esencial para desarrollar la revolución: que el proletariado se haga consciente de su clase y que abogue por sus derechos. Esta concientización le lleva a una necesaria y coherente confrontación con los intereses de la clase alta, que le son adversos y le imposibilitan el desarrollo pleno de su realización como clase.

El triunfo de la conciencia de clase solo se puede concretizar en el momento en que la clase proletaria se unifica y busca las maneras de asociación más viables para luchar y derrocar opresión de la burguesía en todos los aspectos sociales (económico, cultural, académico y espiritual). La unión y la concientización sobre las realidades sociales que suscita la alienación es el camino que conduciría al proletariado a vencer, idea con la que los mismos Marx y Engels concluyen el *Manifiesto del Partido Comunista*: “proletarios de todos los países, uníos” (Marx & Engels, 1848, p. 75).

De esta manera, se puede comprender que Marx tenía una visión muy optimista acerca de los efectos que produciría el surgimiento y la consolidación de una auténtica conciencia de clase en el proletariado, puesto que las condiciones socio-históricas de ese tiempo permitían diferenciar con mayor claridad la identidad y las irreconciliables diferencias entre una clase y otra, por lo que el desarrollo de la conciencia de clase era más plausible y sus efectos en la lucha de clases eran más esperanzadores.

Todo este optimismo teórico que surge en Marx tiene un momento clave cuando reflexiona acerca de que la conciencia de clase auténtica tiene su origen en el cambio ontológico de enorme magnitud que tiene la clase social proletaria al pasar de ser una *clase en sí*:

En esta fase los obreros no luchan aún contra los capitalistas como clase. El proletariado no se había elevado hasta comprender sus tareas generales de clase, todavía representa una “clase en sí”. En esta primera etapa los obreros forman una masa diseminada por todo el país y desunida por la concurrencia (Rosental & Iudin, 1946, pp. 44–45).

A convertirse progresivamente en una *clase para sí* a través de procesos de maduración:

La transición del proletariado a la fase siguiente, superior, de su autoconciencia de clase se realiza sobre la base del desarrollo del propio capitalismo. Con el incremento de los talleres y de las fábricas, aumenta numéricamente el proletariado, su organización, su cohesión, su experiencia de la lucha de clases. De la lucha contra capitalistas individuales, sus patronos directos, los obreros pasan a la lucha contra la clase de los capitalistas en general y contra su Estado (Rosental & Iudin, 1946, p. 45).

En el primer momento, el proletariado solo se reconoce como una clase que hace parte de la sociedad como elemento pasivo o engranaje del sistema económico-social establecido para producir, pero sin mayores pretensiones ni formas de transformación radicales que modifiquen sus condiciones frente a los opresores burgueses. En cambio, en el segundo momento, el proletariado como clase tiene una especie de despertar y su proceso de concientización es integral, debido a que entiende que su actitud frente al paradigma social debe ser activa y contestataria contra la clase opresora y los lineamientos políticos que la legitiman para acabar con la alienación y transformar la sociedad en algo más equánime que garantice el cumplimiento los derechos básicos de quienes la conforman en igualdad de condiciones

Ahora bien, los conceptos de clase social, conciencia de clase y lucha de clases se encuentran unidos intrínsecamente, tanto en lo teórico: porque para poder comprender de manera gradual tan solo uno de estos es importante tener claridad sobre su relación con los otros dos; como en lo práctico: con el objetivo de ver la manera en que la comprensión e interpretación adecuadas de estos conceptos lleve a la posible realización de un proyecto emancipador de la dominación ejercida por parte de la alienación del sistema económico-social de la Modernidad de los tiempos de Marx. En esta época todavía era plausible pensar en que el proletariado, es decir, el sector dominado y desfavorecido de la sociedad tomara conciencia de las condiciones de explotaciones a las que era sometido de manera tan directa por los medios de producción de la burguesía, a través de la unión por intereses comunes y la ejecución de estrategias verosímiles contra el sistema establecido.

Sin embargo, con el paso de los años y el desarrollo de las nuevas estrategias de alienación, el concepto de conciencia de clase encuentra serias dificultades para convertirse en el germen de la transformación social, puesto que, a causa de las diversas estrategias desarrolladas por la alienación a través de la racionalidad tecnológica, la reconfiguración de los deseos psicosociales

de los sujetos y la reestructuración de la ideología y del sistema político, se hace muy inviable suscitar una auténtica conciencia de clase como la pensó Marx en su momento.

Esto sucede porque ya no existe una diferenciación clara o un sentido de oposición coherente entre una clase opresora y privilegiada y una clase oprimida y desposeída, dado que las condiciones sociales, económicas y políticas impuestas por la elite han subvertido el sentido de lucha al hacer que los intereses de la clase baja se reconfiguren para responder al discurso alienador y a las dinámicas de dominación de la clase alta, con el fin de que los desposeídos alimenten y colaboren inconscientemente con el desarrollo del sistema económico y político del que son esclavos.

En otras palabras, la alienación de la clase alta le hizo creer a su antagonista social que todos deben tener las mismas aspiraciones económicas, políticas y académicas; los mismos sentimientos de realización individual y colectiva; y la misma idea de progreso y bienestar que solo el consumismo, la mimesis social y la satisfacción de los placeres suscitados por una conciencia conformista pueden suministrar. La delicada línea de contención que diferenciaba entre resistir a la dominación del sistema y sucumbir a su idea de progreso y regocijo consumista parece haberse borrado hace bastante tiempo, puesto que pensar o intentar aplicar alternativas que se opongan al *statu quo* es algo que la misma sociedad rechaza por ser algo absurdo o imposible de realizar.

Aquella línea de resistencia, que en algún momento representó la auténtica conciencia de clase se borró porque los sujetos no están dispuestos a aceptar que se les ponga en peligro el ideal de felicidad artificial que les fue impuesto por el sistema económico dominante, a pesar de las múltiples y severas crisis que ha atravesado en menos de un siglo: la caída de la bolsa de valores en 1929, el déficit financiero de algunos países europeos como España y Grecia y el colapso de los créditos bancarios en EE.UU. en 2008.

2.2. El escepticismo de Marcuse frente a la conciencia de clase

Al igual que Marx, el problema de la conciencia de clase también ocupa un lugar importante, aunque no muy profundo, en la obra de Marcuse. Al tratarse de una categoría determinante en el proceso de la transformación social y de la revolución, Marcuse hace un análisis de la conciencia de clase desde una perspectiva contemporánea, y se pregunta sobre si es posible llegar a lograr una auténtica conciencia a pesar de los nuevos controles que supone la alienación en la sociedad industrial avanzada.

Aunque Marcuse también reflexiona sobre el sentido teórico y las connotaciones prácticas de una posible conciencia de clase, el desarrollo conceptual que tiene sobre esta no posee la misma actitud entusiasta ni prometedora que figura en la obra de Marx, dado que el contexto contemporáneo trajo consigo nuevas dificultades que pusieron la teorización y la realización de la conciencia de clase por parte de Marcuse en entredicho:

Instalado en la sociedad americana, Marcuse se percibe del avance científico-técnico propio del capitalismo avanzado y de la imposibilidad de sustraerse a su área de influencia integradora. La obsolescencia del proletariado y el declive consiguiente de la conciencia de clase revolucionaria hacen difícil pensar en un proceso revolucionario a largo plazo (Yvars en: Marcuse, 2007, p. 12).

Marcuse, en efecto, encuentra que teorizar sobre el proletariado como clase social en pie de lucha por la reivindicación de los derechos colectivos es algo anacrónico e infructuoso, razón por la que la conciencia de clase entra en declive inevitable que obstaculiza pensar y siquiera ejecutar un proceso revolucionario exitoso contra el establecimiento social alienante. Este descubrimiento de Marcuse hace que sus reflexiones tomen un camino mucho más pesimista y escéptico frente a los teóricos que piensan que aún es posible encaminar los esfuerzos de la liberación hacia una conciencia y una lucha de clases.

Es aquí donde Marcuse toma una posición distante de la teoría ortodoxa marxista y se decide por hacer más bien una crítica a los alcances y la pertinencia de esta categoría, más que todo desde sus efectos perjudiciales en el desarrollo de la subjetividad radical. El éxito de la alienación contemporánea es inminente y Marcuse pudo percatarse por sí mismo de que el *statu quo* logró frenar y desaparecer casi por completo la noción de una conciencia de clase al integrar necesidades ficticias, los sentidos de aspiración vital y los espacios psicológicos más íntimos de desarrollo de los individuos para que respondan a las demandas de un solo discurso ideológico, promulgado por el poder económico y político de la sociedad industrial avanzada:

La ideología del consumo y el fetiche del bienestar material impiden el desarrollo de cualquier vertiente no positivamente productiva del hombre, impulsando su integración en el mundo de la competitividad que no puede sino generar «Sueños de felicidad» alienados que consolidan el *statu quo* (Yvars en: Marcuse, 2007, p. 12).

Así el panorama, Marcuse afronta la dura realidad de una sociedad que sucumbió al proyecto de la razón, del "progreso", y donde la ideología del capital está muy bien arraigada y desarrollada en la conciencia de los sujetos. Así las cosas, tanto la conciencia de clase como la posibilidad de alternativas al sistema establecido son cada vez más distantes e irrealizables.

Ahora bien, ¿cómo fue posible esto? Y ¿Qué hizo la alienación para desaparecer casi por completo la esperanza de una conciencia de clase?, son las pregunta que se formuló el mismo Marcuse y, por consiguiente, los que estudian y añoran un cambio cualitativo profundo en las bases mismas de la sociedad industrial contemporánea. Marcuse intenta responder a estas inquietudes a partir de lo que él considera un cierre del universo del discurso político hacia la filosofía unidimensional que tuvo efectos eficaces en la conciencia personal y colectiva de los sujetos.

2.3. Los efectos del cierre del universo político en la conciencia de clase

Otra de las enormes consecuencias del avance vertiginoso de la alienación impuesta por la sociedad industrial contemporánea consiste en que se fue perdiendo progresivamente el sentido o la conformación de una auténtica conciencia de clase porque, al parecer, los intereses de los sindicatos y la clase trabajadora de la sociedad contemporánea buscan satisfacer sus demandas y unificar sus propósitos con los de la clase alta dominante, tales como: acceder a las mismas formas de entretenimiento y consumo, aspirar a un nivel de vida que posea los mismo bienes y servicios al que solo pueden acceder los adinerados y apoyar los intereses políticos que solo favorecen a las elites económico-sociales.

Es decir, el cambio cualitativo de orden social al que siempre aspiraron las clases trabajadoras alienadas perdió gradualmente su propósito y se fue reduciendo al simple interés de poder acceder fácilmente a mejores oportunidades para consumir y adquirir los bienes y servicios que ofrece, o más bien impone de manera sutil, la sociedad capitalista. Los intereses de los sectores obreros se fueron uniendo poco a poco a los de sus empleadores y el gran cambio político al que alentó Marx a los explotados desde sus escritos se quedó en una utopía inalcanzable o poco racional que se fue desarraigando de la mentalidad colectiva de los trabajadores. Así las cosas, los deseos, los gustos, las aspiraciones y las necesidades de la clase trabajadora¹² se unificaron a los de sus opresores y

¹² Sus características de identidad cultural y social.

perdieron el sentido de lucha y contradicción que mantenía viva la esperanza de un cambio en la estructura básica de la sociedad:

Las luchas de clases se atenúan y las “contradicciones imperialistas” se detienen ante la amenaza exterior. Movilizada contra esa amenaza, la sociedad capitalista muestra una unión y una cohesión internas desconocidas en las etapas anteriores de la civilización industrial. Es una cohesión que descansa sobre bases muy materiales; la movilización contra el enemigo actúa como un poderoso estímulo de la producción y el empleo, manteniendo así el alto nivel de vida. (Marcuse, 1964, p. 51)

Dicho de otra manera, la conciencia y lucha de clases se han mitigado hasta desaparecer casi por completo, debido a la capacidad novedosa y muy efectiva de la alienación capitalista para unificar los intereses y las ideas de la clase social subyugada con su antagonista. Fruto de esta situación es que cada vez se hace más difícil apelar a una conciencia de clase para promover alternativas de resistencia al sistema capitalista, porque la capacidad de este para contener la subversión y manipular los esfuerzos alternativos es muy superior. (Marcuse, 1964, p. 54)

De esta forma, lo que pretende la ideología de la sociedad industrial contemporánea es presentarse como el único modo de realización humana y social posible, ya que si existen otras alternativas de sociedad diferentes a la capitalista como modo de vida, esta utilice sus estrategias represivas para hacer creer a los sujetos que la conforman que es la mejor sociedad para vivir entre todas las que existen y se muestren diferentes. El objetivo es sencillo: suscitar una promesa de vida en la que la gente no pueda imaginar un universo de discurso ni una acción cualitativa diferente y mejor a la que les es impuesta (Marcuse, 1964, p. 54).

La maquinaria ideológica de la sociedad capitalista contemporánea, en efecto, hace que por medio del discurso y las acciones políticas se haga imperceptible la servidumbre que suscita y prolifera la alienación en sus miembros sociales, a través de la satisfacción de ciertas necesidades (de manera especial las falsas) para generar en los sujetos y su conciencia manipulada una sensación efímera de *bienestar* que les impide asumir una postura crítica e inconforme frente a lo que se les presenta como lo auténtico y lo correcto desde la perspectiva del sistema imperante.

Es decir, que de cierta manera se desarma ideológicamente la conciencia de los sujetos para vaciarla de los contenidos de antagonismo que supone una auténtica conciencia de clase, con el

único propósito de reconstruirla con base en las aspiraciones impuestas de la sociedad industrial avanzada. En efecto, la esencia de la alienación sigue siendo la misma, lo único que cambia es que las estrategias que empleaba la sociedad moderna eran arcaicas y rudimentarias, en comparación con la “inclusión” y los métodos suaves perpetrados por la sociedad contemporánea.

El proletariado de las etapas anteriores del capitalismo era en verdad la bestia de carga, que proporcionaba con el trabajo de su cuerpo las necesidades y lujos de la vida, mientras vivía en la suciedad y en la pobreza. De este modo era la negación viviente de su sociedad. En contraste, el trabajador organizado en las zonas avanzadas de la sociedad tecnológica vive esta negación menos directamente y, como los demás objetos humanos de la división social del trabajo, está siendo incorporado a la comunidad tecnológica de la población administrada. (Marcuse, 1964, p. 56)

De esta manera, es posible afirmar que el éxito de la alienación en la derrota de la conciencia de clase consiste en que la alienación ha optimizado su proceder manipulador con los trabajadores porque ya no es tan directa ni denigrante con las condiciones básicas de la condición humana, sino que se muestra cierto tipo de respeto por el derecho de los sujetos a tener mejores condiciones de vida. Aunque la alienación ya no somete con la misma rudeza el cuerpo de los sometidos, más bien ataca con mayor vehemencia la conciencia y los instintos básicos del ser humano para que la alienación ahora tome control interno de las acciones y los deseos más profundos del trabajador.

Los cambios cualitativos en los procesos de producción del trabajo llevan a que el sujeto, de una y otra forma, se sienta cada vez más a gusto con su empresa. El trabajador reconoce en el trabajo y en sus procesos materiales el único medio de realización posible para acceder a una vida cómoda y que cumple con los parámetros sociales impuestos de apariencia, consumismo y acumulación de capital para invertirla en actividades de diversión y esparcimiento¹³ que alimentan dialécticamente su propia esclavitud.

¹³ Por actividades de diversión y esparcimiento debe entenderse más que todo aquellas que son consecuencia del desarrollo de la sociedad tecnológica avanzada como por ejemplo: el uso de celulares cada vez más sofisticados para reforzar el control social y emocional de los consumidores; el tiempo invierten algunos sujetos en redes sociales virtuales en busca de aprobación social por medio de fotos, comentarios y memes; y ver programas y series de televisión o internet que propenden la inactividad académica y que debilitan progresivamente el auge de una conciencia crítica que problematice los contenidos y consecuencias de la alienación en estos productos culturales.

A partir de lo anterior, es posible interpretar que la empresa se vuelve parte esencial de la vida del trabajador, y, como consecuencia directa de esto, se construyen nuevos vínculos que extralimitan la simple relación laboral entre los trabajadores y la empresa, relaciones mucho más arraigadas y profundas que van reconfigurando la conciencia del trabajador para que responda mejor y con más conformismo a las dinámicas de la alienación: “La misma organización tecnológica que establece una comunidad mecánica en el trabajo genera también una mayor interdependencia que integra al trabajador con la fábrica”. (Marcuse, 1964, p. 60)

La alienación se perpetúa bajo la forma de muchas libertades y comodidades instauradas para el deleite de la conciencia manipulada de los sujetos que conforman la sociedad industrial avanzada. Y uno de los agentes clave para la concreción de este proyecto es el nuevo paradigma en las condiciones del trabajo tecnológico que refuerza el debilitamiento de la conciencia de clase y de las posibilidades de resistencia:

El nuevo mundo del trabajo tecnológico refuerza así un debilitamiento de la posición negativa de la clase trabajadora: ésta ya no aparece como la contradicción viviente para la sociedad establecida. Esta tendencia se fortalece por efecto de la organización tecnológica de la producción al otro lado de la barrera: en la gerencia y la dirección. La dominación se transforma en administración. Los jefes y los propietarios capitalistas están perdiendo su identidad como agentes responsables; están asumiendo la función de burócratas en una máquina corporativa. (Marcuse, 1964, p. 62)

Ante este panorama es claro que la conciencia de clase, que en el contexto socio-histórico y la filosofía de Marx aparecía como elemento de emancipación posible para la transformación radical del orden social y de resistencia a la alienación, se diluye progresivamente en el pensamiento de Marcuse a causa de la efectividad del mundo político para apaciguar el sentido crítico y contradictorio que tenía la conciencia de los sujetos en la modernidad como consecuencia de la miseria del trabajo, y reconstruirla en orden al servicio de un nuevo paradigma esencialmente capitalista y manipulador desde las nuevas condiciones de bienestar que produce y permite conseguir el sistema productivo.

2.4. La racionalidad tecnológica y la reificación: principales enemigos de la conciencia de clase

El adversario letal que se esconde tras el manto de la alienación y que identifica Marcuse como uno de los causantes principales (si no el primordial) de la extinción de la conciencia de clase y sus posibilidades es la *racionalidad objetiva o tecnológica*. Esta categoría surge como un efecto directo del desarrollo de la alienación contemporánea, es decir, del paso de la sociedad pretecnológica moderna a la sociedad industrial avanzada, y representa al gran enemigo ideológico contra el que se enfocan los esfuerzos teórico-prácticos de resistencia, principalmente, de los filósofos de la teoría crítica como Marcuse, debido a que a causa de esta racionalidad:

El odio y la frustración son despojados de su propósito específico y el velo tecnológico oculta la reproducción de la desigualdad y la esclavitud. Con el progreso técnico como su instrumento, la falta de libertad en el sentido de la sujeción del hombre a su aparato productivo se perpetúa e intensifica bajo la forma de muchas libertades y comodidades. El aspecto nuevo es la abrumadora racionalidad de esta empresa irracional, y la profundidad del condicionamiento previo que configura los impulsos instintivos y aspiraciones de los individuos y oscurece la diferencia entre *conciencia falsa y verdadera*. (Marcuse, 1964, pp. 62–63, énfasis mío.)

Este concepto de racionalidad tecnológica es el que permite finalmente que el discurso político unidimensional se arraigue con fuerza y eficacia en la conciencia de los trabajadores, puesto que permea aspectos elementales de la conciencia como la identidad, los gustos particulares, los deseos y los sentimientos de los sujetos. Es decir, toda la dimensión volitiva y la capacidad de decisión de los sujetos que conforman la sociedad industrial avanzada son susceptibles de ser manipulados por las fuerzas del capital y su ideal totalitario de progreso y bienestar, para responder de manera cada vez más fácil a los intereses de la alienación.

La racionalidad tecnológica acapara todo un conjunto de estrategias ideológicas que busca disminuir el inconformismo o el malestar que puede mover a las masas alienadas a un proyecto subversivo contra lo que está dado, tales como:

1. Catalogar los proyectos políticos alternativos al sistema social capitalista como una amenaza a la libertad democrática, económica y personal de los sujetos que pertenecen a esta sociedad.

2. Suscitar una cultura basada en la mimesis de comportamientos y situaciones auspiciadas por las redes sociales virtuales que restan importancia a problemas sociales como la desigualdad, la pobreza y las luchas por la reivindicación de los derechos fundamentales.
3. Alimentar las necesidades y carencias afectivas por medio del establecimiento de una cultura de la imagen, en la que solo importa el culto del cuerpo como medio de aceptación social y que suscita el adormecimiento de la conciencia crítica.
4. Atribuir la responsabilidad de la situación de pobreza a aquellos que la padecen, sin pensar en que la causa de esto reside en el estado y sus políticas neoliberales como la economía extractiva y la reducción de derechos y oportunidades para los más necesitados.
5. Considerar que el consumismo y la acumulación exacerbada de bienes materiales y capital son fines en sí mismos para lograr la felicidad y la realización psicológica, personal y familiar de los sujetos.
6. Pensar que las carreras de humanidades como la filosofía, la sociología crítica, la antropología y las ciencias políticas son opciones profesionales carentes de valor porque no representan un elemento productivo en términos de lo que se considera desarrollo dentro del sistema económico vigente.
7. Suponer que la academia debe estar al servicio del mercado y que el intelectualismo, es decir el cultivo de la conciencia crítica, es un elemento anticuado que no tiene mucha importancia en la vida cotidiana, porque lo que importa es sentir y prolongar emociones efímeras y satisfacciones a través de los bienes y servicios que ofrece la sociedad.
8. Construir un proyecto de vida basado en el progreso económico como fin último de la vida personal, profesional, afectiva y familiar. En otras palabras, solo basta con tener acceso a ciertas comodidades como un auto, una vivienda, televisión por cable, mucho dinero plástico o en efectivo para usarlo en múltiples diversiones inventadas por la alienación para satisfacer las falsas necesidades.
9. Obtener y usar los dispositivos tecnológicos avanzados no como herramienta útil para el servicio humano, sino como un reemplazo de la capacidades básicas del hombre, lo que tiene como consecuencia que los sujetos se vuelven cada vez más torpes e inútiles en actividades cotidianas de la vida como: realizar operaciones matemáticas básicas; establecer relaciones comunicativas, afectivas, intrapersonales e interpersonales adecuadas y de calidad; desarrollar capacidades de memoria y comprensión; y auspiciar habilidades

críticas frente a los contenidos que presentan a diario los medios de comunicación virtuales y televisivos, entre otras.

10. Reconocer a los animales y al medio ambiente como simples objetos que deben servir al ser humano para su beneficio material y que se deben explotar sin importar las consecuencias ni el desequilibrio del ecosistema que también termina en consecuencias de perjuicio para el ser humano mismo.

Ya mencionadas estas consecuencias de la racionalidad tecnológica, es conveniente afirmar que esta realidad es uno de los factores que ha llevado a los sujetos de la sociedad industrial avanzada a su propia destrucción como las mencionadas previamente, de las que sin darse cuenta están siendo al mismo tiempo esclavos y reproductores de su propia esclavitud: “Los esclavos de la sociedad industrial desarrollada son esclavos sublimados, pero son esclavos, porque la esclavitud está determinada” (Marcuse, 1964, p. 63).

Los sujetos, claro está, son esclavos en la medida en que se les dice cómo tienen que vivir y dar sentido a su existencia. La desaparición de la conciencia de clase ha dado paso para que la racionalidad tecnológica haya configurado una *falsa conciencia* (Marcuse, 1964) en la que hay un cambio sustancial de la dimensión ontológica y existencial de los sujetos en torno a las imposiciones de la alienación, porque la forma de ser y el sentido que buscan darle los sujetos a su existencia se reducen únicamente a las posibilidades de realización exitosa que propugna la alienación por medio de la falsa conciencia. En otras palabras, esta situación desemboca en el establecimiento del pensamiento y la conducta de carácter unidimensional.

Todo lo anterior desemboca irremediabilmente en lo que Marcuse define como *reificación*. Esta categoría, que tiene sus antecedentes en Marx y su desarrollo más prolífico en la obra *Historia y conciencia de clase* (1923) del filósofo húngaro Georg Lukács (1885-1971), es presentada por Marcuse con una explicación más clara de lo que ocurre con la conciencia cuando es manipulada y sometida por la alienación contemporánea por medio de su aliada ideológica estratégica por excelencia: la racionalidad tecnológica. Al problematizar el origen y las consecuencias de este concepto en la conformación de la sociedad contemporánea, Marcuse encuentra que, debido a la reificación, la existencia misma y, por ende, la conciencia, pasó de ser un acto de realización progresiva en completa libertad a convertirse en una cosa de la que se sirve la alienación para legitimarse:

Ésta es la forma más pura de servidumbre: existir como instrumento, como cosa. Y este modo de existencia no se anula si la cosa es animada y elige su alimento material e intelectual, si no siente su “ser cosa”, si es una cosa bonita, limpia, móvil. A la inversa, conforme la reificación tiende a hacerse totalitaria gracias a su forma tecnológica, los mismos organizadores y administradores se hacen cada vez más dependientes de la maquinaria que organizan y administran. Y esta dependencia mutua ya no es la relación dialéctica entre señor y siervo, que ha sido rota en la lucha por el reconocimiento mutuo, sino más bien un círculo vicioso que encierra tanto al señor como al esclavo. (Marcuse, 1964, p. 63)

Marcuse (1964) insiste en la reificación para referirse al propósito último de la automatización de la sociedad industrial avanzada (p. 67). Este objetivo que persigue la alienación, al establecer la reificación de la conciencia como último eslabón del proyecto de dominación consiste en producir una conciencia falsa y reconfigurada que no es un fin en sí misma, sino que se vuelve un medio carente de valor ético para mantener los propósitos del sistema establecido.

Si la conciencia de los sujetos se reifica, su existencia misma y las pasiones humanas más básicas se convierten en mecanismos instrumentalizados que siguen irreflexivamente las normas que se les imponen para regir su vida de manera unidimensional. De manera que los miembros de la sociedad industrial avanzada, sobre todo los trabajadores, no contemplan otras maneras de dar sentido a la vida, a la política, a la economía o a la academia sin salir de los esquemas impuestos por la alienación.

La reificación de la conciencia como objetivo último de la racionalidad tecnológica conlleva a la aceptación ciega por parte de los sujetos del Estado de bienestar. Aunque, desde diferentes perspectivas socialistas, el Estado de bienestar es una alternativa viable para la distribución equitativa de la riqueza y la garantía de los derechos políticos y sociales de los ciudadanos, Marcuse identifica particularmente tres falencias y critica con contundencia la racionalidad existente en el Estado de bienestar, debido a que:

Sin embargo, a pesar de toda su racionalidad, el Estado de bienestar es un Estado sin libertad, porque su administración total es una sistemática restricción de: *a*) el tiempo libre “técnicamente” disponible; *b*) la cantidad y calidad de los bienes y servicios “técnicamente” disponibles para las necesidades vitales individuales; *c*) la inteligencia (consciente e

inconsciente) capaz de aprehender y realizar las posibilidades de la autodeterminación. (Marcuse, 1964, p. 79)

El Estado de bienestar supone una especie de garantía política que permite salvaguardar y hacer cumplir los derechos más básicos de sus miembros. El gran problema acontece porque, detrás de este aparente modelo político de bienestar, se cierne una estrategia de dominación existencial total de los sujetos, puesto que se permuta el sentido de lucha basado en la libertad que supone el ejercicio crítico de la sociedad, a cambio de algunas garantías materiales que, posteriormente, deviene en un proceso de esclavitud mayor tanto de la conciencia de los sujetos como de las acciones que determinan su vida.

En el Estado de bienestar, en efecto, el tiempo, la conciencia, las emociones, las acciones y los medios de subsistencia no pertenecen a los sujetos en realidad, sino que se convirtieron en cosas que perdieron su sentido integral de autenticidad y autorrealización. En otras palabras, estas características mencionadas que hacen del hombre un ser libre y autónomo, capaz de pensar e implementar formas de resistencia a lo establecido, se vuelven propiedades y herramientas al servicio de la racionalidad tecnológica por medio de la reificación.

El gran problema que circunda al Estado de bienestar radica en que genera una sensación de conformismo en la conciencia de los sujetos, de manera que no reconocen la importancia ni la necesidad de pensar e imaginar por sí mismos o, siquiera, de intentar modificar las estructuras imperantes. Al parecer, lo que busca el Estado de bienestar no es otra cosa que proteger y perpetuar los intereses opresores del capitalismo avanzado y de la sociedad industrial avanzada, antes que pretender favorecer y liberar a sus ciudadanos alienados.

Marcuse identifica el surgimiento de dos formas de vida opuestas ontológicamente entre sí como consecuencia de la lucha entre la liberación crítica-contestataria y el conformismo suscitado por el arraigo sólido de la alienación reificadora:

En tanto que el sistema prevalece, reduce el valor de uso de la libertad; no hay razón para insistir en la autodeterminación, si la vida administrada es la vida más cómoda e incluso la “buena vida”. Ésta es la base racional y material para la unificación de los opuestos, para la conducta política unidimensional. Sobre esta base, las fuerzas políticas trascendentes *dentro* de la

sociedad son detenidas y el cambio cualitativo sólo parece posible como un cambio desde *el exterior*. (Marcuse, 1964, p. 80)

Marcuse concluye este análisis del cierre del universo político y sus estrategias (la racionalidad tecnológica y de la reificación de la conciencia) haciendo una contraposición entre la autodeterminación y la vida administrada, en la que cataloga y comprende a la primera como la posibilidad de realización de la conciencia y las acciones humanas hacia una verdadera transformación social cualitativa por medio de la resistencia y la liberación de la alienación contemporánea, mientras que identifica a la segunda como la forma práctica y efectiva de manipulación racional y material de la conciencia para que se vacíe totalmente su sentido auténtico de clase y sucumba irremediabilmente al pensamiento y la conducta unidimensional.

Dadas estas realidades teórico-prácticas de la alienación es necesario señalar breve y finalmente cuál es la función esencial de la sociedad industrial avanzada en la pérdida de la conciencia de clase:

La sociedad industrial avanzada es en realidad un sistema de poderes compensatorios. Pero estas fuerzas se cancelan entre sí como resultado de una mayor unificación: el interés común de defender y extender la posición establecida, de combatir las alternativas históricas, de contener el cambio cualitativo. (Marcuse, 1964, pp. 81–82)

En otras palabras, la sociedad industrial avanzada es la encargada de mantener vigente el orden establecido a través de la eliminación de todo aquello que resulta contradictorio o subversivo a la alienación, y esto implica que la conciencia misma de los sujetos también se reconfigure para que no exista ningún tipo de resistencia posible a la dominación social, política y económica que establece la contemporaneidad por medio del capitalismo neoliberal y su proyecto de razón y progreso reificados.

Finalmente, Marcuse (1964) añade: “La realidad del pluralismo se hace ideológica, engañosa. Parece extender antes que reducir la manipulación y coordinación, promover antes que neutralizar la inevitable integración” (p. 82). La supuesta pluralidad que ofrece la alienación contemporánea no es más que un aparatoso engaño en el que los discursos ideológicos diversos convergen hacia una misma dirección: la perpetuación de la esclavitud de los sujetos por medio de todas sus posibilidades materiales, espirituales, históricas, académicas, sociales y afectivas de vida. Este

aparato de manipulación unidimensional con aparente preocupación por la inclusión que destruyó las posibilidades de resistencia y cambio desde la conciencia de clase tiene nombre propio: la democracia occidental.

Ahora bien, teniendo en cuenta que el panorama parece ser muy desalentador, es necesario presentar en el siguiente capítulo las propuestas de resistencia a la alienación de la sociedad industrial avanzada que presenta Marcuse para una posible liberación de esta esclavitud disfrazada de realización vital. Además de mostrar las posibles alternativas marcusianas de resistencia, se expondrá y desarrollará finalmente la propuesta de resistencia hacia la que se dirige este trabajo de investigación: el auge de la conciencia crítica como auspiciadora de nuevas formas de ver y comprender la realidad socio-política con independencia de los parámetros impuestos por la alienación contemporánea.

Capítulo 3. La conciencia crítica como alternativa de resistencia a partir de la subjetividad radical y el Gran Rechazo propuestos por Marcuse.

En el presente capítulo se presentarán, primero, algunas formas alternativas de liberación propuestas por Marcuse desde su contexto para resistir y luchar contra el modo de vida totalitario y represivo que genera la alienación contemporánea en el desarrollo de la sociedad industrial avanzada, particularmente las alternativas de liberación que corresponden a *la pacificación de la existencia y la dimensión estética*. Se analizará cuáles son las posibilidades y dificultades que tiene cada una para lograr una posible práctica liberadora en el siglo XXI.

Segundo, se presentará detalladamente el surgimiento de la conciencia crítica desde los insumos teóricos suministrados por Marcuse, específicamente a partir de sus propuestas de la *subjetividad radical* y el *Gran Rechazo*. La idea básica consiste en mostrar cómo algunas falencias y contradicciones presentes en la alienación de la sociedad contemporánea han dado paso para que algunos sujetos (particularmente los más marginados y excluidos) empiecen a despertar del letargo represivo al que han estado sometidos, se concienticen de la alienación que los esclaviza y busquen transformar la sociedad desde pequeñas acciones concretas y significativas que manifiesten el inconformismo y la rebelión contra el poder económico, político y social establecido.

3.1. La pacificación de la existencia: la razón, la ciencia y la tecnología como aliados del desarrollo integral de las facultades humanas

Después de todo el análisis conceptual profundo y minucioso que realiza Marcuse sobre cómo opera la alienación en su objetivo por dominar y reprimir a los sujetos a través del proyecto de Razón¹⁴ y su incidencia en el desarrollo tecnológico social, surge una conclusión importante, inquietante y a la vez llena de completo sentido y veracidad para el análisis crítico de la realidad actual: la sociedad industrial avanzada es la consecuencia última de un proyecto histórico establecido que se enfrenta a las posibilidades de una práctica histórica cuantitativamente diferente, puesto que prejuzga la racionalidad de los proyectos que quieren vincularse para absorberlos dentro de su discurso unidimensional. (Marcuse, 1964, pp. 247–248)

¹⁴ Se usa la categoría de Razón con mayúscula porque esto permite, de la misma manera en que lo hizo Marcuse, diferenciarla como herramienta de dominación usada desde la Modernidad y por la alienación contemporánea para legitimar el desarrollo y arraigo del discurso y de la vida unidimensional en la sociedad industrial contemporánea; de la capacidad humana innata y liberadora de pensar, reflexionar, crear y contemplar múltiples formas de ver, interpretar e interactuar en y con el mundo.

Es cierto que la Razón cayó en completo descrédito ante algunos académicos y humanistas contemporáneos como Walter Benjamin, Theodor Adorno, Max Horkheimer y el mismo Marcuse por los múltiples crímenes y desastres cometidos en su nombre durante e incluso después del período de la historia conocido como Modernidad¹⁵. Parece ser que el mundo empezó a relacionar la Razón con un enemigo despiadado que, en su afán de progreso y libertad, terminó siendo el verdugo de las ilusiones, del sentido común, de la construcción de comunidad y de la naturaleza humana misma y sus formas puras de desarrollo integral.

Teniendo muy presente este antecedente, surge en Marcuse la pregunta sobre si necesariamente la razón es el adversario que hay que derrotar para lograr la liberación, puesto que su posición hostil frente a la auténtica libertad parecía inexorable y evidente por sí misma. Sin embargo, tampoco es posible desconocer el hecho de que el concepto de verdad no puede desligarse de la razón (Marcuse, 1964, pp. 248–249). Es esta última la que precisamente permite a los sujetos desarrollar conceptos y categorías filosóficas que necesariamente servirán de base teórica para analizar, comprender e interpretar las múltiples realidades dadas en el contexto sociocultural.

Marcuse encuentra que, en efecto, la Razón (transformada en razón tecnológica) no es peligrosa *per se* y que tampoco es el enemigo que impide el desarrollo de la liberación de los sujetos de la esclavitud de la alienación, sino que detrás de la Razón se esconde la casi imperceptible amenaza de la ideología unidimensional que la usa como el medio eficaz, junto a la ciencia y la tecnología, para perpetuar la represión reinante en la sociedad industrial avanzada.

Es por esto que para Marcuse la Razón, pero en especial la razón histórica¹⁶, debe liberarse de esta operatividad y servidumbre ideológica para ayudar al desarrollo auténtico del ser humano (necesidades vitales, facultades cognitivas y sentido de trascendencia). Es decir, debe contribuir ahora a ayudar a establecer la resistencia a partir de la *pacificación de la existencia*, que consiste en la liberación del hombre a partir del libre desarrollo de sus necesidades y facultades humanas

¹⁵ Ténganse presentes acontecimientos históricos auspiciados por el impulso de la Razón como las muertes provocadas en nombre de la libertad, igualdad y fraternidad propugnadas por la Revolución Francesa, la desaparición de muchas culturas autóctonas de territorios conquistados por Europa, la catástrofe ambiental generada por la contaminación de las industrias “progresistas” y las dos Guerras Mundiales acaecidas en el siglo XX que dejaron en el mundo y en la autoconcepción del hombre un panorama de desolación y desesperanza. Para el contexto de la Escuela de Frankfurt es muy importante analizar los efectos directos de la Razón principalmente en las dos Guerras Mundiales, puesto que esta legitimó y estuvo como base instrumental del proyecto genocida acontecido durante el Holocausto por enfocarse más en los fines de la guerra que en las consecuencias nefastas que produce.

¹⁶ Aquella que ayuda a configurar y consolidar la sociedad como un proyecto estable y permanente.

con la ayuda de la razón, la ciencia y la tecnología, sin manipulación ideológica por parte del poder económico-político imperante (Marcuse, 1964, p. 249).

La *pacificación de la existencia* es la respuesta subversiva de quienes deciden volver a las condiciones sociales y políticas en las que la realización de los anhelos del hombre es libremente conquistada y desarrollada con ayuda de la sociedad. En otras palabras, significa que el hombre logra servirse de aquellas herramientas que él mismo creó (ciencia y tecnología) por medio de la razón para crecer integral y críticamente individual y colectivamente. La trascendencia ocupa aquí un lugar privilegiado, para la consecución de la *pacificación*, debido a que actúa como el deseo o puente determinante del hombre para regresar y expresar con libertad las necesidades y facultades que le fueron reprimidas y reificadas por la alienación, a través de la contradicción de lo establecido por el *statu quo*.

Ahora bien, el sentido de trascendencia, unido al proyecto de razón histórica como aliado estratégico del hombre en la lucha constante por la liberación desde la *pacificación* debe servir a los siguientes propósitos:

1. El proyecto trascendente debe estar de acuerdo con las posibilidades reales abiertas en el nivel alcanzado de la cultura material e intelectual.
2. El proyecto trascendente, para refutar la totalidad establecida, debe demostrar su propia racionalidad *más alta*, en el triple sentido de que:
 - a) ofrece la perspectiva de preservar y mejorar los logros productivos de la civilización;
 - b) define la totalidad establecida en sus mismas estructuras, tendencias básicas y relaciones;
 - c) su realización ofrece una mayor oportunidad para la pacificación de la existencia, dentro del marco de las instituciones que ofrecen una mayor oportunidad para el libre desarrollo de las necesidades y las facultades humanas. (Marcuse, 1964, p. 248, énfasis del autor.)

De esta manera, la Razón puede pasar de ser el adversario inicuo de la revolución social, a convertirse en el aliado libre que puede determinar un cambio cualitativo en la organización de la sociedad para servir al desarrollo expedito de las necesidades y las facultades humanas sin temor ni represión. La Razón debe apoyarse en los recursos materiales e intelectuales, escasos o abundantes, que estén al alcance para generar una transformación gradual que permita a los sujetos contrarrestar los efectos de la alienación. (Marcuse, 1964, p. 249)

No obstante, el mero deseo de lograr un cambio significativo en el paradigma de la Razón para alcanzar la liberación sigue siendo insuficiente para concretar la esperanza del cambio por medio de la *pacificación de la existencia*. Detrás de esta y de las demás alternativas propuestas por Marcuse para resistir a la esclavitud de la alienación contemporánea se encuentra el concepto clave que atraviesa el sentido de este proyecto de investigación y la base de la resistencia liberadora: la conciencia crítica.

Aunque esta, la conciencia crítica, haga parte de un proceso más avanzado de reconfiguración y regreso del hombre a su verdadera naturaleza y sus necesidades reales, en el que el hombre perciba que está siendo sometido y busque el cambio social, es importante que el sujeto, desde su subjetividad, pueda empezar a reflexionar procesualmente sobre su esclavitud y las posibles alternativas para su propia liberación. De manera que, habiendo madurado sus posibilidades de resistencia de frente a una aplicación directa sobre su realidad, pueda llegar a desarrollar una conciencia madura y libre de alienación: una conciencia crítica.

Es claro que hablar de conciencia (más aun de conciencia crítica que resulta como un ejercicio y facultad más avanzada en el sujeto) ante la situación que plantea la alienación puede resultar difícil de comprender o realizar. Sin embargo, el deseo incesante de los hombres por alcanzar su felicidad les llevará de alguna manera a apelar a lo profundo de su conciencia para obtener eso que buscan.

En efecto, la conciencia sigue siendo un factor esencial y determinante para lograr una transformación social de las condiciones históricas e ideológicas imperantes, o por lo menos ayuda a pensar la posibilidad de alternativas posibles que no se encuentren con las dificultades presentes en la utopía: “Como proceso histórico, el proceso dialéctico comprende a la conciencia: el reconocimiento y el dominio de las potencialidades liberadoras”. (Marcuse, 1964, p. 250)

Con ayuda de la conciencia libre y su disposición para el cambio social, la *pacificación de la existencia* identifica entre las amenazas que se deben vencer para su realización a la tolerancia o pensamiento positivo. De hecho, Marcuse hace gran énfasis en la antinomia presente entre el pensamiento positivo y el negativo, de los cuales el primero resulta ser un enemigo poderoso que amenaza con desaparecer, o por lo menos debilitar, el sentido de contradicción y el objetivo de resistencia presentes en la conciencia general de los sujetos inconformes, bajo la premisa de que

todo está bien y de que no hay diferencias entre lo racional y lo irracional, entre la opresión y la libertad:

Pero este tipo de conocimiento del “otro lado” es uña y carne de la solidificación del estado de cosas, de la gran unificación de los opuestos que frustra el cambio cualitativo, porque pertenece a una existencia totalmente desesperanzada o totalmente condicionada, que se ha acomodado en un mundo donde incluso lo irracional es Razón. La tolerancia del pensamiento positivo es una tolerancia forzada; forzada no por una organización terrorista, sino por el abrumador poder anónimo y la eficacia de la sociedad tecnológica. Como tal, impregna la conciencia general y la conciencia del crítico. La absorción de lo negativo por lo positivo es ratificada en la experiencia diaria, que ofusca la distinción entre apariencia racional y realidad irracional. (Marcuse, 1964, pp. 253–254)

La *pacificación de la existencia* debe luchar contra este sometimiento engañoso de la alienación que es la tolerancia con lo que se encuentra establecido. Esta lucha es posible cuando la resistencia auspicia en los sujetos, en la medida de las posibilidades existentes, el sentido crítico, el inconformismo y la contradicción con aquello que se presenta bajo la apariencia de verdad. De manera que los hombres no sigan siendo reproductores de un pensamiento que apacigua las dificultades y el sometimiento a través de la pasividad y la gratitud con lo que les es impuesto.

Esta situación de engaño permanente es catalogada por Marcuse como la *tolerancia represiva*, que se constituye como una de las bases fundamentales sobre las que se gesta el pensamiento unidimensional y que busca que los sujetos acepten acríticamente la realidad social política y económica que les es impuesta; de manera que no logren diferenciar entre la opresión y la libertad. Manipular y reificar la conciencia colectiva y reducir las expresiones alternativas como la *pacificación de la existencia* a sus mínimas o nulas expresiones hacen parte del *modus operandi* de dicha tolerancia.

La *tolerancia represiva* que impone el pensamiento positivo es peligrosa para la liberación porque justifica el proceder y la naturaleza de la alienación y suscita una ambigüedad ciega en los criterios que usan los sujetos para juzgar su realidad. En otras palabras, la tolerancia deja de ser un valor que permite la expresión libre del pensamiento divergente, de las emociones vitales y de las expresiones artísticas para convertirse en un antivalor que se vuelve en contra de los anhelos y deseos humanos más esenciales. En este caso, la tolerancia ya no ofrece garantías de libertad y

diversidad como, se supone, debe obrar, sino que es una de las tantas estrategias de manipulación que se ciernen contra los proyectos alternativos como la *pacificación*.

Así como la Razón fue transformada en herramienta eficaz de la alienación, la ciencia y la tecnología, por ende, también sucumbieron irremediabilmente al propósito de la opresión. Marcuse identifica la causa de esto en la separación que tuvieron estos dos frutos del pensamiento humano de los aspectos metafísicos y filosóficos que, a través de la reflexión especulativa y la creatividad, daban impulso al desarrollo de cada proyecto para el bienestar del hombre.

La *pacificación* como idea alternativa tiene el compromiso y el deber de hacer lo posible para que la ciencia y la tecnología retomen los valores metafísicos de la filosofía que las acompañaron desde sus inicios para hacer frente a la dominación política de la Razón, y para brindar condiciones de vida necesarias y dignas para la existencia de los sujetos y el desarrollo de sus capacidades como la imaginación, la creatividad, las satisfacción de sus necesidades básicas y su relación con la naturaleza:

Sin embargo, al constituirse *metódicamente* como empresa política, la ciencia y la tecnología *sobrepasarían* la etapa en que se encontraban, por su neutralidad, *sometidas* a la política y funcionando contra su intención como instrumentos políticos. Porque la definición tecnológica y el dominio técnico de las causas finales *es* la construcción, el desarrollo y la utilización de los recursos (materiales e intelectuales) *liberados* de todos los intereses *particulares* que impiden la satisfacción de las necesidades humanas y la evolución de las facultades humanas. (Marcuse, 1964, p. 262, énfasis del autor.)

Marcuse piensa que solo cuando la ciencia y la tecnología sean liberadas del uso por parte de los intereses políticos y económicos particulares, conseguirán servir de manera autónoma a la consecución del bienestar y el desarrollo integral del hombre y de la sociedad. Con esta posible transformación, ya se puede vislumbrar un cambio cualitativo real en la ideología y las acciones de la sociedad industrial avanzada.

Un aspecto que no se puede quedar por fuera de la *pacificación* como alternativa de resistencia a la alienación es la relación que tiene el hombre con la naturaleza y la forma en que este la concibe dentro de su proyecto de desarrollo. Dado que la naturaleza es un elemento primordial en el crecimiento del hombre como ser vivo y con necesidades instintivas, es menester devolverle el

lugar privilegiado que ocupó antes del desarrollo de la alienación desde la Modernidad con su idea de progreso, que vio en la naturaleza y sus componentes elementos potenciales de explotación para el crecimiento económico de las sociedades capitalistas.

Dicho de otro modo, la *pacificación* permitiría que la naturaleza y los demás seres vivos gocen de un cambio ontológico que dé paso a un número más amplio de posibilidades en las que el ser humano pueda administrar, disfrutar y relacionarse con estos de forma más ecuánime y libre. Si se concreta esta transformación desde la resistencia propuesta por la *pacificación*, ya se podría hablar de que la naturaleza, en sí misma, recuperaría una dignidad que fortalecería dialécticamente la del hombre y le permitiría tener una existencia mucho más plena y feliz:

La pacificación presupone el dominio de la naturaleza, que es y sigue siendo el objeto opuesto al sujeto en desarrollo. Pero hay dos clases de dominio: uno represivo y otro liberador. Este último comprende la reducción a la miseria, la violencia y la crueldad. Tanto en la naturaleza como en la historia, la lucha por la existencia es el signo de la escasez, el sufrimiento y la necesidad. (Marcuse, 1964, p. 264)

La *pacificación de la existencia*, en términos generales, tiene como objetivo lograr una transformación en la forma en que la Razón, la ciencia y la tecnología someten las condiciones materiales disponibles para convertirlas en productos auspiciadores de ideología represiva. El posible regreso de estas tres categorías al sentido sublime y metafísico de la creatividad, el bienestar común y la correlación ontológica del hombre con la naturaleza y consigo mismo es lo que permitiría un cambio cualitativo en que los hombres puedan resistir a la alienación contemporánea y buscar la forma de llevar una existencia pacífica, en la que su Razón no se encuentre sometida por la ideología totalitaria y sirva como medio para la realización integral y natural de las capacidades humanas materiales, intelectuales y emocionales más puras y auténticas.

La *pacificación de la existencia* es un proyecto de resistencia importante al que Marcuse dedica gran parte de desarrollo al final de su obra *El hombre unidimensional*; sección del libro en la que presenta algunas posibles alternativas que se pueden trabajar para lograr un cambio significativo contra la alienación de la sociedad industrial avanzada. No obstante, esta propuesta encuentra algunas dificultades de difícil solución a causa de que el proyecto histórico unidimensional ha monopolizado el uso y desarrollo de la ciencia y la tecnología, quitándoles su neutralidad y su

potencial liberador, lo que hace de la *pacificación de la existencia* una alternativa de resistencia muy inviable en este contexto del siglo XXI, ya que por ejemplo:

1. la Razón sigue operando de forma cada vez más eficiente como herramienta de manipulación bajo las ideas de consumismo exacerbado (exterminio de reservas naturales para construcción de conjuntos residenciales, autopistas y centros comerciales); crecimiento económico individual y competitivo que busca personas jóvenes para aumentar la productividad de las empresas para después desecharlas en corto tiempo como objetos tras cumplir un ciclo determinado; continuidad de proyectos económicos neoliberales como la economía extractiva (fracking) y el libre mercado; fortalecimiento de la globalización en la que se requieren parámetros necesarios como hablar inglés y haber hecho carreras técnicas, tecnológicas y profesionales que concuerden con la ideología impuesta por la economía capitalista.
2. La ciencia, en parte, sigue estando al servicio del desarrollo de proyectos nucleares y del avance de armamento cada vez más sofisticado y destructivo de algunos países desarrollados (EE.UU., Rusia, China, Corea del Norte, Alemania, Reino Unido, Irán), justificados en la base de la defensa de la soberanía nacional y la superioridad de un país sobre otro.
3. La tecnología (teléfonos celulares sofisticados, localizadores SPG, televisores inteligentes, redes sociales virtuales) se convirtió en el elemento más eficaz de manipulación y control individual y social de este siglo puesto que ha llegado a determinar las relaciones interpersonales, los hábitos de ejercicio y alimentación, los procesos de aprendizaje y las decisiones políticas de los sujetos para enfocarlas en el fortalecimiento y la reproducción de la ideología de la alienación contemporánea. En otras palabras, la tecnología ya no es una aliada al servicio del hombre, sino al contrario, una opresora de este al poder determinar el estilo de vida de toda la sociedad.

A pesar de que algunos teóricos puedan considerar que la *pacificación de la existencia* es una alternativa posible, las posibilidades de su realización son cada vez más escasas, dado que los controles de dominación se han fortalecido considerablemente para hacer que la Razón, la ciencia y la tecnología sigan al servicio de la alienación económico-política de la sociedad capitalista, con el fin de que nunca puedan recuperar su propósito inicial: estar vinculadas a las necesidades, los

sentimientos y el pensamiento sublime del hombre para suministrarle una existencia en paz, con poder y libertad.

Dado que la apuesta marcusiana por la *pacificación de la existencia* parece desvanecerse a causa del fortalecimiento del control ideológico que ejerce la sociedad industrial contemporánea sobre la Razón, la ciencia, la tecnología y las necesidades y facultades del hombre, es necesario analizar los elementos propuestos desde la alternativa de resistencia de Marcuse en la dimensión estética, puesto que esta brinda nuevas herramientas para la lucha por la liberación que pueden tener efectos importantes en el intento por transformar la identidad y las acciones políticas de los individuos en la sociedad.

3.2. La dimensión estética: el arte como condición y posibilidad de resistencia desde el sentido de trascendencia del hombre

La resistencia desde el arte es una de las alternativas que ocupa un lugar privilegiado y un desarrollo prolífico en la obra de Marcuse. Desde que desarrolló su investigación sobre el contraste entre *principio de placer* y *principio de realidad*¹⁷ en el pensamiento de Freud, encontró que el primero es parte importante e inseparable de la dimensión ontológica del hombre y de sus posibilidades como sujeto sintiente y pensante. Los instintos humanos y el *principio de placer* van unidos al arte de manera consustancial, puesto que el arte se convierte en el vehículo necesario por el que se expresan estas realidades instintivas del hombre.

El arte, en efecto, surge como la necesidad del hombre de plasmar y/o representar su sentido de trascendencia, sus emociones, sus impulsos instintivos (*principio de placer*) y su deseo de cambio de algunas realidades que le son impuestas como la organización política, el desarrollo económico, la cultura y los comportamientos sociales (*principio de realidad*). Es decir, se puede afirmar que, en el arte, desde la perspectiva de Marcuse, sigue estando presente esta lucha entre la liberación y la opresión:

Sin embargo, la revuelta de los instintos y el acento sobre el principio de placer que gobierna al hombre antes de quedar sujeto a la represión, señalan el camino marcusiano hacia una

¹⁷ El *principio de placer*, desde la teoría freudiana, hace referencia a la capacidad mental y biológica del hombre para satisfacer libremente sus instintos y deseos básicos naturales, buscando con esto disminuir el dolor o displacer a sus mínimas o nulas expresiones. El *principio de realidad*, por el contrario, consiste en la reducción y reorientación de la satisfacción de estos instintos para responder a las exigencias y convenciones impuestas por y para permitir el desarrollo la civilización represiva.

civilización no represiva «potenciada por la racionalidad estética» en cuyo ámbito la sexualidad es liberada mediante la sublimación en Eros. En *Eros y Civilización* Marcuse toma de Freud su invocación a la fantasía como actividad, consistente en la producción de representaciones imaginarias subordinadas sólo al principio de placer. (Yvars en: Marcuse, 2007, p. 28)

Pero, además de ser un medio de expresión sublime de las necesidades de trascendencia y las emociones humanas, Marcuse reconoce en el arte, pero particularmente en la literatura, una forma de resistencia potencialmente viable en la que el hombre puede enfocar su aspiración por el cambio social y revolución de las condiciones de vida impuestas por la alienación y su proyecto totalizador y represivo. El hombre, en efecto, encuentra en el arte una herramienta para expresar de manera sutil su anhelo de libertad aun cuando las condiciones materiales están condicionadas para que le sean adversas en su propósito de liberación: “El arte alienta la empresa de una nueva realidad para el hombre. En lugar de remitir al pasado, los símbolos y arquetipos artísticos pueden servir de modelo para las sociedades industrializadas”. (Yvars en: Marcuse, 2007, p. 33)

El propósito que debe suponer el arte para los sujetos alienados es el de constituirse como alternativa de resistencia que marque un cambio significativo en la manera en que el hombre se proyecte a sí mismo y su relación con la sociedad, dado que por su misma naturaleza el arte se presenta como un elemento revolucionario que puede, de alguna manera, contrarrestar los efectos nocivos y diseminados de la alienación por toda la sociedad:

La razón, en su aplicación a la sociedad, ha sido opuesta hasta ahora al arte, en tanto que a éste se le ha otorgado el privilegio de poder ser *irracional*, de no estar sujeto a la Razón científica, tecnológica y operacional. (Marcuse, 1964, p. 256, énfasis mío.)

Dicho de otra manera, el arte funge como oposición radical y permanente a la manipulación que ejerce la Razón sobre la sociedad. La lucha frontal de la dimensión estética es contra la Razón dominante que fue instrumentalizada por la alienación para formar una única visión de vida y de su sentido. Por ende, al arte le compete ser irracional porque no se rige por los parámetros impuestos de los poderes alienantes, sino que busca dar expresión a los sentimientos humanos de inconformidad, rechazo, pasión y sensibilidad social que son la amenaza que pretende socavar la tiranía de la Razón de la alienación contemporánea.

Lo anterior no quiere decir que el arte carezca de razón alguna, ya que, por el contrario, la razón que está detrás de la dimensión estética es de auténtico carácter liberador porque permite desarrollar al hombre sus facultades en pleno para el desarrollo propio y común, y debido a que esta razón artística se resiste a convertirse en un simple producto manufacturado por la elite para seguir reproduciendo su sometimiento económico-político al resto de la sociedad. Es decir, la razón del arte es la oposición inmediata a la Razón de la alienación porque la primera es consecuencia del pensamiento libre del hombre y cumple la función de liberarlo, mientras que la segunda es manipulada por los intereses particulares para reificar la conciencia y la voluntad de los sujetos.

A parte de la razón como base potencial de la dimensión estética, el concepto de imaginación aparece como pilar de vital importancia para la consolidación del arte como propuesta de resistencia a la alienación, ya que aparte de ser una facultad innata del ser humano que le permite desarrollar su potencial académico, científico, tecnológico, social y afectivo, también posibilita generar estrategias de cambio sobre las situaciones que dañan y cohiben a los sujetos de ser auténticamente felices y realizados.

Marcuse concede al arte una significación propia desde el momento que representa la oposición a las fuerzas represivas de la sociedad. A través del arte se perfila todavía «la imagen del hombre como sujeto libre que dadas las condiciones de la alienación sólo puede expresar su libertad en calidad de negación de esa alienación». Por consiguiente, la primera función de la imaginación estriba en el desarrollo de la crítica de lo existente desde la esfera de la libertad oprimida. (Yvars en: Marcuse, 2007, pp. 28–29)

La imaginación humana proporciona al arte la capacidad de ser contradicción de lo establecido por medio de múltiples formas de expresión e innovación que se adecúan a las necesidades y demandas de los diversos contextos sociales, además de ser la gestora de las posibilidades lingüísticas que puede desarrollar el arte para ser una alternativa cada vez más sólida frente al aparato represivo del sistema de la alienación. De esta manera, la imaginación cumple una función dialéctica en el arte, puesto que ayuda a gestarlo al tiempo que lo sostiene y fortalece con nuevas formas de expresión de la vitalidad y de los sentimientos pacíficos del hombre que se rebelan contra la represión social.

Ahora bien, teniendo en cuenta que la razón, los sentimientos sublimes del hombre, el deseo de liberación y su imaginación permiten que el arte se desarrolle adecuadamente como forma de representación de la dimensión trascendental del ser humano, y, que al mismo tiempo puede funcionar como alternativa de resistencia por su naturaleza rebelde e irracional, es menester analizar cuáles son las características que, según Marcuse, hacen de una obra de arte (principalmente literaria) algo revolucionario y diferente.

Para Marcuse es esencial que el arte no se quede únicamente en una forma bella y admirable de la condición humana, sino que debe suponer todo un ejercicio teórico-práctico de resistencia política que conlleve a los hombres alienados a tener una transformación progresiva de sus deseos y aspiraciones para después asumir un compromiso ético y responsable con el cambio cualitativo de las condiciones sociales dadas. La pregunta que surge en este contexto es, ¿cómo lograr que una representación artística pueda contener en sí misma elementos claros y suficientes que expresen y permitan la revolución? Interrogante al que Marcuse ofrece dos respuestas claras, una sobre el estilo y la técnica en que se debe expresar el arte:

El arte puede ser revolucionario en diversos sentidos. En sentido estricto, puede ser revolucionario si representa un cambio radical en estilo y técnica. Esta modificación puede ser debida a una auténtica vanguardia que anticipa o refleja transformaciones sustanciales en la sociedad en su conjunto. (Marcuse, 2007, p. 54)

Y la otra sobre la verdadera naturaleza que debe tener el arte para que sus obras constituyan un verdadero referente de resistencia contra la represión que auspicia la alienación contemporánea:

Además, una obra de arte puede considerarse revolucionaria cuando, en virtud de la transformación estética, representa a través del destino ejemplar de los individuos la carencia de libertad imperante y las fuerzas que se revelan, abriendo así un camino entre la mistificada (y petrificada) realidad social y descubriendo el horizonte de cambio (liberación). En este sentido toda auténtica obra de arte debería ser revolucionaria, esto es, subversiva de la percepción y comprensión, una denuncia de la realidad establecida, la manifestación de la imagen de la liberación. (Marcuse, 2007, p. 54)

Respecto al estilo y la técnica con los que se construyen las obras de arte y se expresan, es necesario que cuenten con una armonía y claridad tan evidentes que permitan a los sujetos

reconocer en su composición y sentido la intención de manifestar y promover los sentimientos de lucha para iniciar un cambio real de las condiciones sociales desde la acción política. La resistencia desde la dimensión estética no puede ser algo improvisado ni fortuito, sino que debe ser producto de estilos y técnicas pensadas y elaboradas con toda la dedicación y contextualización necesarias para que su contenido de subversión sea fácilmente percibido e interiorizado por los sujetos que esperan la liberación.

En cuanto a la naturaleza y el contenido mismo de las obras estéticas es necesario que, habiendo aplicado las técnicas necesarias para su fácil comprensión e interpretación por los sujetos alienados, la carga ideológica liberadora contenida en la obra salga de su encierro teórico y de goce estético primarios para poder llevar a acciones concretas que resulten en un cambio cualitativo real de la estructura que gobierna la sociedad industrial avanzada. Se trata sencillamente de contraponer desde una obra de arte la ideología liberadora contra la opresora y hacer que los sujetos reconozcan que el discurso unidimensional alimentado por la segunda se puede socavar para dar paso a otras y mejores formas de vivir.

Con el balance apropiado entre la técnica y el contenido es posible que una obra de arte subversiva se constituya como un recurso que denuncie la opresión, la falta de libertad y la restricción de los sentimientos más vitales del hombre, y, que, al mismo tiempo, promueva una coyuntura con la ideología imperante y desmitifique sus falsas promesas de libertad y felicidad que no se pueden lograr desde la dinámica impuesta por el yugo esclavizador de la alienación y su pensamiento unidimensional:

La verdad del arte descansa en su poder para quebrar el monopolio de la realidad establecida (por ejemplo, de quienes la establecieron) para definir lo que es real. En esa ruptura, que consiste en el mayor logro de la forma estética, el mundo ficticio del arte aparece como la verdadera realidad. (Marcuse, 2007, p. 63)

En efecto, el sentido del arte como subversión contra el *statu quo* representa para Marcuse una de las mejores alternativas, debido a que pone en evidencia la primera etapa de alienación empleada por la sociedad desde sus inicios conocida como represión de los instintos. Cuando el arte logra despertar en los sujetos una conciencia clara de su represión, genera necesariamente en estos un deseo por regresar al desarrollo vital de sus necesidades y aspiraciones auténticas:

El carácter afirmativo del arte posee todavía otra fuente: el compromiso del arte con Eros, la profunda afirmación de los impulsos vitales en su lucha contra la represión instintiva y social. La permanencia del arte, su inmortalidad histórica a través de milenios de destrucción, da fe de ese compromiso. (Marcuse, 2007, p. 64)

El arte como resistencia alimenta la esperanza de un cambio verdadero porque se gestiona a partir de los impulsos y deseos humanos que han sido reprimidos a causa de la alienación. El arte busca romper la estructura represiva que se cierne sobre la libre manifestación de los instintos y las emociones más básicas del ser humano: alegría, ira, frustración, inconformismo, esperanza, amor, odio, etc. La dimensión estética vuelve la mirada del hombre a sus inicios de libertad y despierta en este el anhelo de volver a vivir con autenticidad.

En este punto es preciso aclarar que la propuesta del arte como resistencia no es un asunto nuevo que se descubre con Marcuse¹⁸, puesto que Marx también pensó en esta posibilidad, pero dentro de las condiciones favorables y las herramientas que había en su contexto. Sin embargo, la dimensión estética como alternativa que fue reflexionada por Marx situaba al arte como consecuencia directa de la expresión de la conciencia popular y de su deseo de liberación. Es decir, la creación artística solo era susceptible de ser desarrollada por las clases en lucha: burguesía y proletariado.

Esta perspectiva del arte es cuestionada severamente por Marcuse, puesto que este desarrollo ya no es y no puede darse dentro de la perspectiva de la clase social. Ya quedó muy claro que, debido a los enormes avances de la alienación y su paso de la coerción material a la ideológica, no es posible hablar de una clase social específica (proletariado) que tenga una conciencia impoluta y clara de su esclavitud y que pueda generar propuestas de resistencia a partir del colectivo:

El carácter progresista del arte, su contribución a la lucha por la liberación no puede medirse por el origen social de los artistas ni por el horizonte ideológico de su clase. Tampoco puede determinarse por la presencia (o ausencia) de la clase oprimida en sus obras. El criterio para juzgar el carácter progresista del arte se encuentra únicamente en la propia obra entendida como un todo: en aquello que expresa y en la manera de hacerlo. (Marcuse, 2007, p. 70)

¹⁸ Dentro del contexto y desarrollo académico de la Escuela de Frankfurt también hubo otros autores que pusieron su esperanza en el arte como alternativa de liberación y resistencia contra el proyecto progresista de la Modernidad, entre ellos Theodor Adorno y Walter Benjamin.

De esta manera, el carácter revolucionario del arte no tiene nada que ver con el origen económico-social de quien o quienes lo producen, sino que su esencia subversiva se expresa con fuerza a partir de su contenido y forma de expresión. El arte desde la perspectiva marcusiana no se encuentra condicionado por la condición de clase del artista, porque su origen y sentido ya no deben responder a los intereses de una clase subyugada, sino que deben ser contradicción independiente, crítica y subjetiva a la realidad diseñada por la sociedad industrial avanzada en el marco de la alienación.

Ahora bien, habiendo presentado las características más importantes de la dimensión estética como alternativa desde el pensamiento de Marcuse, es importante identificar cuáles son las posibles dificultades que encuentra esta propuesta para su desarrollo seguro y definitivo en este siglo, puesto que desde el momento en que Marcuse escribe sobre el arte como actividad liberadora hasta nuestros días, el mercado se ha encargado de supeditar cada vez más a la literatura y las demás expresiones artísticas para volverlas herramientas de su proyecto y hacer del arte una forma de dominación igual de efectiva a la política, la tecnología, la cultura y la ciencia.

La primera gran dificultad a la que se enfrenta el arte es a la relativización que ha hecho la sociedad contemporánea sobre lo que se considera literatura en realidad, puesto que en el siglo XXI los criterios rigurosos que determinaban y diferenciaban la calidad de los productos literarios parecen haber cedido con gran facilidad a las imposiciones del sistema económico. Ahora la literatura es el conjunto de libros, físicos o digitales, que mueven grandes cantidades de dinero a partir de las estrategias de mercadeo.

Ya no importa tanto el contenido ni la forma de expresión de los productos artísticos, sino lo que vale es su capacidad para manipular la conciencia de los sujetos y suscitarles emociones y sentimientos que alimenten el sistema establecido y promuevan con entera disposición psicológica la alienación que les es impuesta; además de generar ganancias económicas a las grandes editoriales que, por su razón de ser como servidoras del proyecto económico dominante, rechazan o absorben las obras artísticas que consideran subversivas o con alguna intención ideológica de liberación y resistencia:

El poder absorbente de la sociedad vacía la dimensión artística, asimilando sus contenidos antagonistas. En el campo de la cultura, el nuevo totalitarismo se manifiesta precisamente en

un pluralismo armonizador, en el que las obras y verdades más contradictorias coexisten pacíficamente en la indiferencia (Marcuse, 1964, p. 91).

La segunda dificultad que afronta la salida estética como alternativa es: “Así como el arte encarnaba el potencial de liberación y la formación de la subjetividad radical, también era capaz de ser absorbido por los sistemas de dominación y utilizado para promover o mantener la dominación” (Farr, 2019). Con el paso de los años, el mercado entendió que el arte, y en especial la literatura, puede ser absorbida por la ideología alienante para ser convertida en un objeto más de fabricación y consumo que propende por el entretenimiento acrítico y burdo que se enfoca en el pensamiento positivo, la productividad, la belleza personal y los libros de youtubers que inundan la mente de los sujetos con contenidos triviales que distraen a los sujetos del deseo de transformación social y de la preocupación por temas académicos, culturales, económicos y políticos que le afectan con seriedad.

Al respecto, el mismo Marcuse ya había anticipado y reconocido las limitaciones del arte para constituirse como alternativa de resistencia y por esto afirma: “La racionalidad de la dominación ha separado la Razón de la ciencia y la Razón del arte, o ha falsificado la Razón del arte, integrando el arte en el universo de la dominación” (Marcuse, 1964, pp. 256–257). Al ser acoplado en el mundo de la dominación, el arte y todas sus expresiones pierden el sentido de libertad y de reivindicación de las sensaciones humanas más puras y que llevan al hombre a luchar por suscitar la liberación subjetiva y de la sociedad en general.

Es preciso recordar que esta situación no solo acontece con la literatura, sino también con el cine, las artes plásticas, las pinturas, el teatro y las formas estéticas de expresión urbanas (solo por mencionar algunas) que deben entrar en el juego del capital y su ideología para subsistir. En otras palabras, se deben convertir en mercancías provechosas para la venta y la satisfacción de las necesidades ficticias de un público esclavizado.

Precisamente, el gran problema al que se enfrenta el arte como resistencia consiste en que los productos artísticos que se producen acorde al mercado y a la dinámica represiva son los que encuentran más difusión y, por tanto, mayor impacto en la sociedad. Mientras que aquellos que surgen como oposición a los intereses monetarios del mercado y a la alienación son, en su mayoría, rechazados y minusvalorados por la sociedad alienadora.

Debido a las enormes dificultades que encuentra el arte en su propósito de resistir y contradecir a la alienación contemporánea, debido a que esta última generó nuevas e ingeniosas maneras de hacer que el arte también se reifique y se convierta en objeto de mercado, es necesario hacer el análisis de la última alternativa de resistencia que apuesta por la libertad y la esperanza: el auge de la conciencia crítica como origen y manifestación contundente de la voz política de los excluidos que denuncian las injusticias y contradicciones cometidas por la alienación.

3.3. El auge de la conciencia crítica como posibilidad viable de resistencia a la alienación contemporánea

Existe una verdad que para los filósofos de la Escuela de Frankfurt es innegable: la alienación contemporánea llegó a su punto de dominación más alto cuando pasó de ser sometimiento del hombre a las condiciones materiales e históricas que le acompañan, para convertirse en un aparato ideológico eficaz que reconfigura las necesidades, la conciencia y las aspiraciones de los sujetos para que desemboquen inexorablemente en la perpetuación del sistema económico-político establecido.

Al asumir y reconocer esta realidad, Marcuse ofrece algunas posibilidades que buscan resistir de manera directa y firme a la esclavitud de la sociedad capitalista actual. Todas estas alternativas tienen algo en común, y es que la esperanza de Marcuse en la realización de estas reside en la capacidad transformadora que posee el hombre en su naturaleza primigenia para buscar su bienestar y libertad, modificando las situaciones que le son adversas en la consecución de este propósito, tales como la represión de los instintos vitales, la validación del consumismo como aspecto fundamental para el desarrollo integral y social de los sujetos, el sometimiento irrestricto al poder político que legitima la alienación y la aceptación de la injusticia e inequidad social como consecuencia natural de los procesos de competitividad económica.

Dicho de otro modo, la base sustancial de todas las alternativas de Marcuse es la conciencia crítica. Esta es el principio y la columna vertebral de los medios que llevan a los sujetos dominados a replantearse su situación individual y social para luchar contra los intereses económicos que los limitan y explotan, puesto que la conciencia o el pensamiento crítico lleva a los sujetos a contradecir y descalificar la racionalidad que opera tras las formas de opresión:

El pensamiento crítico lucha por definir el carácter irracional de la racionalidad establecida (que se hace cada vez más manifiesto) y definir las tendencias que provocan que esta racionalidad

genere su propia transformación. “Su propia” porque, como totalidad histórica, ha desarrollado fuerzas y capacidades que por sí mismas se convierten en proyectos más allá de la totalidad establecida. (Marcuse, 1964, p. 255)

La conciencia o pensamiento crítico tiene como sentido último despertar en el hombre un deseo de cambio cualitativo en el que se vinculen su razón, sus posibilidades materiales y su esperanza de modificar la realidad social para su pleno desarrollo. Esta conciencia tiene la posibilidad de surgir en la medida en que:

1. La alienación, en su prisa por absorber la totalidad de los discursos y los grupos sociales para que sirvan a la perpetuación de su proyecto totalizador, deja por fuera algunas expresiones y colectivos sociales (mujeres, indígenas, negritudes, estudiantes, marginados, proyectos políticos de base social y líderes sociales) que empiezan a notar la discriminación y el rechazo por parte de la sociedad por el hecho de pensar y concebir el desarrollo vital de una manera distinta.
2. Los sujetos, a pesar de estar inmersos dentro de los juegos del sistema, se dan cuenta de que la idea de Razón y el progreso prometido por la sociedad industrial avanzada deterioran cada vez más las condiciones naturales y saludables de vida, por medio de la administración y reproducción de formas artificiales de vida que generan perjuicios en el cuerpo y la dimensión afectiva del hombre, así como también en el medio ambiente y los demás seres vivos.

En otras palabras es la alienación la que, en un ejercicio dialéctico inconsciente, disemina formas cada vez más eficientes de dominación, al tiempo que alimenta con sutileza la inconformidad de los sujetos con el modo de vida que les es impuesto por medio de los efectos nocivos que esta produce en los sujetos y en la sociedad en general. Para comprender un poco mejor el origen y la función de la gestante conciencia crítica, es necesario analizar brevemente la categoría de *subjetividad radical*.

La definición básica de esta categoría y que al mismo tiempo arroja luces de comprensión sobre su propósito es: “La subjetividad radical se refiere al desarrollo de una forma de autoconciencia que encuentra intolerables las condiciones sociales y económicas actuales. El acto radical es un rechazo de estas condiciones y una orientación hacia la transformación social”. (Farr, 2019) Con base en esta definición concreta, se puede afirmar que la *subjetividad radical* marcusiana, al igual

que las demás alternativas de resistencia, parte del uso legítimo y libre de la conciencia que, aunque alienada, puede ver más allá de su sometimiento para buscar estrategias que permitan al hombre obtener la liberación por los medios que tenga disponibles.

La *subjetividad radical* surge y es viable en la medida en que el hombre siente la necesidad natural de cuestionarse sobre su entorno y sobre sí mismo, de poder expresar sus emociones, sentimientos y deseos instintivos, de cambiar las situaciones que le perturban y denigran su naturaleza misma, y de generar condiciones de bienestar para sí mismo y para quienes le rodean. Por estas razones y a pesar de que los controles sociales son cada vez más eficientes, la *subjetividad radical* es bien vista como fundamento de la conciencia crítica como forma de resistencia porque se sustenta en la necesidad misma del hombre por trascender y transformar su existencia en algo digno de ser vivido.

Esta categoría surge en el pensamiento de Marcuse como el efecto directo de su crítica a la conciencia de clase y sus posibilidades de realización en la sociedad industrial contemporánea, y se contrapone al objetivo marxista ortodoxo de suscitar la revolución con base en una conciencia colectiva que permita reunir las fuerzas materiales e ideológicas necesarias para este fin. Debido a las condiciones actuales derivadas del avance de la alienación contemporánea, no es viable poner las esperanzas de la libertad (o por lo menos al principio) en manos de un único colectivo o clase social, sino que esta ilusión por la liberación debe partir primero del sujeto mismo, de su conciencia individual y de sus posibilidades para luego unirse a sectores sociales que refuercen su deseo de cambio cualitativo:

La subjetividad de los individuos, su propia consciencia e inconsciencia tienden a quedar disueltas en la consciencia de clase. Sin embargo, se minimiza con ello un supuesto importantísimo de la revolución: a saber, el hecho de que la necesidad de transformación radical debe enraizarse en la subjetividad de los individuos mismos, en su inteligencia y sus pasiones, sus sentimientos y sus objetivos. La teoría marxista sucumbió a la cosificación que había denunciado y combatido en la realidad social. La subjetividad se convirtió en un átomo de la objetividad; incluso en su forma rebelde queda sometida a una consciencia colectiva. El componente determinista de la teoría marxista no radica en la relación entre cada existencia social y consciencia, sino en la noción reduccionista de consciencia que anula el contenido

particular de la consciencia individual y, con él, el potencial revolucionario subjetivo. (Marcuse, 2007, p. 59)

La crítica marcusiana a la resistencia desde de la conciencia colectiva propuesta por Marx radica básicamente en que el colectivo reduce el contenido revolucionario del sujeto y le impide desarrollar las ideas necesarias para la liberación por responder a las dinámicas y exigencias grupales. Marcuse se percató de que en la contemporaneidad la actitud transformadora del sujeto representa una fuerza capaz de transformar realidades sociales cuando reconoce su propia miseria y trabaja por fortalecer las libertades individuales y sociales que le son negadas o modificadas por la alienación.

Lo anterior no quiere decir que el sujeto no requiera de los grupos sociales igualmente inconformes para legitimar su lucha; más bien primero necesita un espacio y un tiempo para hacerse consciente de su esclavitud para generar propuestas por sí mismo que luego encuentren el apoyo, la legitimación de sus reclamos y su potencial realización en un colectivo social de intereses comunes de lucha. Así las cosas, la auténtica revolución que se hace manifiesta en la conciencia crítica encuentra en el sujeto radical su más incondicional aliado para configurar más adelante una propuesta social de resistencia sólida y viable.

La subjetividad radical, como base de la conciencia crítica y del rechazo definitivo a las imposiciones del poder social dominante, debe ser contextualizada en las necesidades auténticas, los instintos reprimidos y la historia personal de sufrimiento y represión de cada hombre para que se pueda convertir en el insumo necesario y edificante del pensamiento crítico:

La subjetividad liberadora se constituye en la historia interna de los individuos, en su propia historia, que no es idéntica a su existencia social. Consiste en la historia particular de sus desencuentros, de sus pasiones -alegrías y sufrimientos-, experiencias que no están basadas necesariamente en su situación de clase y que ni siquiera son comprensibles desde esa perspectiva. (Marcuse, 2007, p. 60)

En efecto, la *subjetividad radical* es un ejercicio importante para la lucha por la libertad porque parte de un ejercicio libre, voluntario y autónomo en que los hombres reflexionan sobre su propia realidad y se incomodan con los parámetros de vida que les rigen. De esta manera, la subjetividad no se convierte en un acto infructuoso y eminentemente solitario, sino en actividad potencial de

subversión e inconformismo con el sistema y su ideología mediada por los intereses del capital. Marcuse pone su esperanza en la capacidad intelectual y emocional del sujeto para construir y ejecutar el anhelado cambio que la sociedad espera.

La *subjetividad radical* como insumo del auge de la conciencia crítica debe tender al fin último de auspiciar en los individuos dos condiciones importantes: el desarrollo de una *nueva sensibilidad* y la respuesta política y social construida y manifestada en el *Gran Rechazo*. La primera condición tiene que ver con un cambio sustancial del hombre en la forma en que aprecia y expresa sus instintos vitales¹⁹, cambio con el que se opone a la reificación de estos por parte de la alienación:

La nueva sensibilidad, que expresa la afirmación de los instintos de vida sobre la agresividad y la culpa, nutriría, en una escala social, la vital urgencia de la abolición de la injusticia y la miseria, y configuraría la ulterior evolución del "nivel de vida". (Marcuse, 1969, p. 30)

Esta *nueva sensibilidad* no es otra cosa que el producto de la reflexión y del deseo de liberación instintiva que figura incipientemente en la *subjetividad radical*. Cuando el hombre se hace consciente poco a poco de la situación de servidumbre que le impone la sociedad represiva y siente que sus instintos naturales no se desarrollan con plenitud a causa, en entre otras cosas, del universo de consumo y la racionalidad impuestas por el adoctrinamiento unidimensional que a su vez reproducen la miseria y la resignación, es cuando busca desarrollarlos y dotarlos de nuevas significaciones que ya no tienen que ver con la satisfacción de los instintos por sí mismos, sino que se orientan hacia la consecución de un cambio social real.

Si bien la *nueva sensibilidad* se traduce como la posibilidad de generar un cambio ontológico de los instintos del hombre y su propósito, también debe conducir a una práctica que busque transformar las condiciones de vida desde la cultura y las acciones cotidianas para hacer un contrapeso que funja como oposición y negación del *statu quo*. Es decir que esta sensibilidad novedosa no solo impulsa al hombre al deseo por su liberación desde su interioridad, sino que le exhorta a dar el paso hacia un cambio social significativo:

La nueva sensibilidad ha llegado a ser, a través de este mismo signo, *praxis*: emerge en la lucha contra la violencia y la explotación, allí donde esta lucha se encamina a lograr modos y formas

¹⁹ Al reivindicar la primacía de los instintos vitales como crucial para la resistencia desde la *nueva sensibilidad*, se puede evidenciar la influencia directa de Nietzsche en la Teoría Crítica y, por ende, en el desarrollo teórico de Marcuse.

de vida esencialmente nuevos: negación total del sistema establecido, de su moralidad y su cultura; afirmación del derecho a construir una sociedad en la que la abolición de la violencia y el agobio desemboque en un mundo donde lo sensual, lo lúdico, lo sereno y lo bello lleguen a ser formas de existencia y, por tanto, la *Forma* de la sociedad misma. (Marcuse, 1969, p. 32, énfasis del autor.)

Para lograr esta meta trazada por la *nueva sensibilidad*, Marcuse asevera que es necesario recuperar, de entre todos los instintos vitales del hombre, la imaginación. Esta capacidad que es indispensable para la creación artística y el avance tecnológico que son fundamentales para la existencia integral del ser humano, también resulta determinante si se pretende llevar a cabo una alternativa de resistencia a la alienación contemporánea a partir de la conciencia crítica:

En las grandes revoluciones históricas, la imaginación era, por un corto periodo, desencadenada y libre para operar en los proyectos de una nueva moralidad social y de nuevas instituciones de libertad; luego se le sacrificaba a los requerimientos de la razón eficaz. (Marcuse, 1969, p. 36)

En efecto, esa capacidad transformadora por esencia que auspició muchos de los cambios históricos que favorecieron a los oprimidos en los países capitalistas industrializados y que fue reificada y reorientada para servir a los intereses de la alienación, es la facultad por excelencia que permite a los sujetos salir de su estado de condicionamiento y redefinir nuevas rutas de escape de la manipulación social.

La segunda condición a la que se dirigen los esfuerzos rebeldes de la *subjetividad radical* por medio de la conciencia crítica es a la salida política y social del *Gran Rechazo*. Este concepto que, si bien Marcuse relaciona casi de manera directa para referirse al efecto directo que produce en los sujetos la dimensión estética como alternativa de resistencia, también es aplicada por el mismo Marcuse para referirse a algunas acciones políticas que llevan a cabo los sectores excluidos y marginados por la alienación social contemporánea.

Fueron las manifestaciones de protesta de su contexto las que impulsaron a Marcuse a pensar el *Gran Rechazo* como alternativa política de liberación desde la expresión revolucionaria de quienes no tienen voz: “Las protestas estudiantiles de la década de 1960 fueron una forma de gran rechazo, un dicho “NO” a las múltiples formas de represión y dominación. Este gran rechazo exige una sociedad nueva / liberada”. (Farr, 2019) Esa negación radical de los sectores sociales excluidos

por la alienación es la que vislumbra un camino de esperanza que solo empieza con el despertar de la conciencia crítica del hombre respecto de su propia realidad.

De esta manera, el sentido del *Gran Rechazo* como insumo importante para la consolidación práctica de la conciencia crítica no se queda en una simple especulación teórica, sino que empieza a cobrar un significado permanente que no cesa a pesar de las múltiples dificultades que encuentra por la represión del poder político y económico imperante. Son los maestros, las mujeres, los indígenas, las negritudes, los estudiantes críticos, los campesinos, los trabajadores exhaustos de la explotación, los inmigrantes, los políticos con ideario de base social y los líderes sociales (solo por mencionar algunos) quienes:

Al proclamar la "impugnación permanente" (la contestación permanente) la "educación permanente", el Gran Rechazo, reconocen la marca de la represión social, aun en las manifestaciones más sublimes de la cultura tradicional, incluso en las manifestaciones más espectaculares del progreso técnico. Ellos han erguido otra vez a un fantasma (y esta vez es un espectro que no sólo espanta a la burguesía, sino a todas las burocracias explotadoras): el espectro de una revolución que subordina el desarrollo de las fuerzas productivas y los niveles de vida más elevados a los requerimientos para crear la solidaridad del género humano, para abolir la pobreza y la miseria más allá de todas las fronteras y los ámbitos de interés nacionales, para obtener la paz. En una palabra: ellos han sacado la idea de revolución fuera del continuum de la represión, y la han situado en su auténtica dimensión: la de la liberación. (Marcuse, 1969, p. 9)

Es gracias a las contradicciones, los errores, la exclusión y las consecuencias nefastas que ha generado la alienación de la sociedad industrial contemporánea para la integridad del ser humano, de la sociedad y de la naturaleza que le rodea y, debido también a las herramientas teóricas y materiales de la *subjetividad radical* y del *Gran Rechazo* las que han permitido la conciencia crítica se empodere como una alternativa de resistencia viable para combatir a ese gran sistema de alienación económico-político que pretende destruir la libertad de los sujetos para enfocar toda su energía, sus pensamientos y sus acciones al casi inevitable discurso unidimensional.

Conclusiones

La primera conclusión a la que se llega después del trabajo investigativo compilado en este escrito es que tanto la filosofía de lucha de la Escuela de Frankfurt como las ideas de Herbert Marcuse siguen teniendo una vigencia primordial para hacer análisis críticos e interpretativos de una sociedad cada vez más alienada por nuevas estrategias como la internet, el crecimiento exponencial de la globalización, el propósito de destrucción del medio ambiente por medio del fracking y la desregulación del cada vez más permitida del mercado, entre otros. La batalla que se libra contra la idea de Razón como proyecto de dominación y la noción lineal de progreso cobra vigencia más que nunca con el resurgimiento de gobiernos radicales de derecha como en el caso de EE.UU., Brasil y Reino Unido, que repercuten con su política neoliberal nocivamente a los países de América Latina, particularmente Colombia con las estrategias de dominación antes mencionadas.

La segunda conclusión que se deriva del trabajo investigativo es que no es posible ni viable pretender teorizar y/o llevar a cabo la movilización de colectivos a partir de una conciencia de clase, puesto que los intereses de los sectores menos desfavorecidos parecen concordar, por lo menos implícitamente debido a la eficacia de la alienación contemporánea, con los del sector privilegiado que los subyuga. Gracias a los distractores sociales impuestos por la alienación, los sectores populares olvidaron gradualmente su interés de lucha y cedieron a las presiones de la fútil e inicua sensación de bienestar producida por los efectos del poder económico-político.

La tercera conclusión consiste en que la Razón, como empresa construida desde la ideología que reconfigura las necesidades básicas y los intereses de los sujetos, la ciencia y la tecnología sigue siendo la herramienta más efectiva de la alienación para someter a la población de la sociedad industrial avanzada al control del poder establecido. Como consecuencia de esto el hombre ha perdido la independencia de sus capacidades creativas, artísticas y académicas para el servicio de sí mismo y de la naturaleza, y las ha puesto bajo la dirección y la manipulación de la alienación y sus intereses.

La cuarta conclusión de este trabajo estriba en que algunas de las propuestas alternativas de resistencia desarrolladas por Herbert Marcuse para responder a los retos de su contexto como el arte (principalmente la literatura) y la transformación de la ciencia y la tecnología para el servicio del hombre y la naturaleza (*pacificación*) resultan ser inviables debido al crecimiento represivo de

la alienación y sus nuevas formas de control. Sin embargo, la conciencia crítica, alimentada por las bases teóricas de las propuestas marcusianas de la *subjetividad radical* y *el Gran Rechazo*, surge como una alternativa de resistencia sólida y esperanzadora, debido al lento pero progresivo debilitamiento de la alienación por cuenta de sus errores y contradicciones que resultan cada vez más evidentes, y por la exclusión que ha suscitado de las visiones alternativas a su *modus operandi*.

Es gracias a aquellos que han sido marginados, excluidos e invisibilizados por la alienación contemporánea y su discurso unidimensional que la conciencia crítica se despierta en los sujetos para reivindicar el derecho a la libertad y a la divergencia de pensamiento. Es en este momento de “despertar” en el que la resistencia es posible y se concretiza en una respuesta política que puede debilitar al poder económico-político que se esconde tras la alienación.

Como ejemplo que refuerza la viabilidad de la conciencia crítica como alternativa de resistencia a la alienación contemporánea es pertinente mencionar lo que sucede en el caso colombiano, ya que tal parece que la efectividad de las marchas del año 2018 para exigir más recursos del estado para la educación pública; el fortalecimiento de los colectivos de lucha por los derechos de las minorías²⁰; la visibilización de las asociaciones que protegen los recursos naturales y a los animales; la sorpresa del país con los resultados electorales de las últimas elecciones presidenciales en Colombia del año 2018 en los que el proyecto político alternativo obtuvo la votación más alta de su historia y cortó diferencia de votos con la política tradicional hegemónica; y el mayor reconocimiento por parte de la sociedad de los grupos sociales que luchan por la equidad social, la paz y la justicia en este país son la evidencia clara de que el despertar de una conciencia crítica subjetiva que se traduce en acciones concretas desde el ámbito grupal es una respuesta significativa, real y posible a la alienación contemporánea, puesto que:

Este cambio cualitativo debe modificar las necesidades, la infraestructura del hombre (que es a su vez una dimensión de la infraestructura social): la nueva dirección, las nuevas instituciones y relaciones de producción, deben expresar la afloración de necesidades y satisfacciones muy diferentes (incluso antagónicas) de aquellas que prevalecen en las sociedades explotadoras. Tal cambio constituiría la base instintiva de la libertad que la larga historia de la sociedad de clases ha inhibido. La libertad vendría a ser el medio ambiente de un organismo ya no susceptible de

²⁰ Líderes sociales, mujeres, comunidad LGBTI+, negritudes y sectores sociales de precarios recursos económicos, educativos y de salud (por mencionar los más representativos).

adaptarse a las actuaciones competitivas requeridas para un bienestar subyugado, ya no susceptible de tolerar la agresividad, la brutalidad y la fealdad del modo de vida impuesto. (Marcuse, 1969, p. 12)

La conciencia crítica es la que posibilita dar esa gran transición entre una sociedad cada vez más represiva, singular y absorbente a una sociedad menos explotadora, libre y que procure el bienestar y la equidad para todos sus integrantes:

En el grado en que la conciencia esté determinada por las exigencias e intereses de la sociedad establecida, “carece de libertad”; en el grado en que la sociedad establecida es irracional, la conciencia llega a ser libre para la más alta racionalidad histórica sólo en la lucha *contra* la sociedad establecida. La verdad y la libertad del pensamiento negativo tienen su base y su razón en esta lucha...Esta toma de conciencia es un prerrequisito tanto como un elemento de la práctica de la negación. Este “sí” es esencial al progreso histórico: es un elemento de libertad (¡y de la oportunidad!) que abre las posibilidades de conquistar la necesidad de los hechos dados. Sin él, la historia recae en la oscuridad de la naturaleza inconquistada. (Marcuse, 1964, pp. 250–251)

Es evidente que la conciencia crítica y sus logros no van a poder generar un colapso total del sistema de la alienación de la sociedad industrial contemporánea, pero sí generan una resistencia fuerte que lucha diariamente por alcanzar pequeñas, aunque significativas victorias contra el enemigo de la esclavitud, del consumismo y del capitalismo como forma de vida administrada. Los avances mencionados anteriormente dan cuenta de ello, porque lo que buscan es devolver la esperanza a quienes han dado su vida y han puesto sus esfuerzos académicos y materiales por construir una sociedad más libre y justa, en la que los hombres no tengan miedo de vivir y en donde su existencia sea realmente auténtica y plenamente feliz.

Al finalizar este trabajo investigativo, surgen nuevas y cada vez más difíciles interrogantes que, se espera, puedan ser mejor abordadas en posteriores ejercicios investigativos para fortalecer y continuar los argumentos presentes en este trabajo, tales como: ¿cómo se puede alimentar y fortalecer la conciencia crítica desde los colegios y las universidades en medio de los nuevos retos impuestos por el poder económico imperante? ¿Cuál es la responsabilidad de los medios de comunicación en la difusión y el fortalecimiento de la alienación? ¿De qué manera se puede luchar contra la alienación que proviene del uso de los dispositivos electrónicos y las redes sociales?

¿Existe alguna relación entre la lucha por la liberación desde la conciencia crítica y el sentido común? ¿Cómo se puede formar y fortalecer la participación ciudadana en la toma de decisiones alternativas contra las directrices impuestas por el poder económico-político capitalista?

Tal y como se puede apreciar, surgen nuevas preguntas y líneas de investigación en filosofía política, ética y Teoría Crítica que vale la pena seguir desarrollando para poder generar cambios pequeños pero significativos que reivindiquen la libertad del hombre y sus posibilidades, los derechos de los más vulnerables y del medio ambiente, y el equilibrio entre el desarrollo económico sostenible y las decisiones políticas.

Se puede afirmar con seguridad y ánimo apacible que este trabajo investigativo cumplió con los objetivos propuestos para el desarrollo de este escrito, y que las posibles implicaciones de este trabajo no son más que el fruto de una preocupación ético-política del investigador por querer hallar respuestas concretas a la realidad que percibe, analiza e interpreta en su contexto. Solo se espera que haya otras personas que, si comparten ideas y preocupaciones similares a las expresadas en esta investigación, puedan profundizar y ayudar a enriquecer el pensamiento crítico desde sus desarrollos académicos y acciones concretas.

Referencias

- Farr, A. (2019). *Herbert Marcuse*. Retrieved July 26, 2019, from <https://plato.stanford.edu/entries/marcuse/#SpeLibGreRefNewSen>
- Ferrater Mora, J. (1994). *Diccionario de Filosofía. Tomo I (A-D)*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Marcuse, H. (1964). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada* (1984th ed.). Barcelona: Editorial Ariel, S. A.
- Marcuse, H. (1969). *Un ensayo sobre la liberación*. México: Editorial Joaquín Mortiz, S. A.
- Marcuse, H. (1981). *Eros y civilización*. Barcelona: Editorial Ariel, S. A.
- Marcuse, H. (2007). *La dimensión estética. Crítica de la ortodoxia marxista*. España: Editorial Biblioteca Nueva.
- Marx, K. (1844). *Manuscritos Económicos y Filosóficos* (2001st ed.).
- Marx, K., & Engels, F. (1848). *Manifiesto del Partido Comunista*. *Revista del Instituto de Investigación Jurídicas y Sociales de la UNAM*. México: Centro de Estudios Socialistas
- Carlos Marx. Retrieved from file:///C:/Users/GS/Box Sync/Default Sync Folder/Biblioteca/Democracia/48-manif.htm
- Pérez, P. (2014). Cómo entender y estudiar la conciencia de clase en la sociedad capitalista contemporánea . Una propuesta. *Revista THEOMAI. Estudios Críticos Sobre Sociedad y Desarrollo*, 29(29), 121–140.
- Rosental, M., & Iudín, P. (1946). *Diccionario Filosófico Marxista*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos. Retrieved from <http://www.filosofia.org/urss/img/1946dfm.pdf>